

**“UN MONSTRUO ABSOLUTO”: ARMANDO NORMAND
Y LA SUBLIMIDAD DEL MAL**

*“An absolut monster”: Armando Normand
and the sublimity of evil*

CARLOS GUILLERMO PÁRAMO BONILLA *
Universidad Externado de Colombia · Bogotá

* histomusica@yahoo.com.mx

Artículo de investigación recibido: 24 de abril del 2008 · aprobado: 3 de octubre del 2008

RESUMEN

Entre todos los personajes acusados de crímenes atroces en las caucheras del Putumayo (ca. 1912), ninguno ha producido tanto horror y fascinación como Armando Normand. En este artículo seguimos la pista de esta vida infame, incorporando el camino material previamente no reseñado y examinando cómo y por qué ingresó a la mitología de la frontera, en cuanto arquetipo del terror. Por lo mismo se observa de cerca su relación con las figuras de Roger Casement y el emblemático Kurtz de *El corazón de las tinieblas* de Joseph Conrad. Asimismo se aprovecha la circunstancia para discutir con algunos planteamientos de Michael Taussig, Gananath Obeyesekere y Michel Foucault.

Palabras clave: *Armando Normand, Casa Arana, arquetipos, Roger Casement, Joseph Conrad, mal, Putumayo, terror.*

ABSTRACT

Among all the characters accused of ghastly crimes in the Putumayo rubber plantations (ca. 1912), none has exceeded the horror and fascination inspired by Armando Normand. This article follows the trail of this “infamous life”, incorporating previously unreviewed material and examining how and why it joined the frontier mythology like an archetype of terror. On this basis, we can observe his relation with the characters of Roger Casement and Joseph Conrad’s emblematic Kurtz from *Heart of Darkness*. We also use this circumstance to discuss some of the ideas of Michael Taussig, Gananath Obeyesekere and Michel Foucault.

Keywords: *Armando Normand, archetypes, evil, Roger Casement, Joseph Conrad, Peruvian Amazon Company, Putumayo, terror, history, crime, Colombia.*

“Most of these criminals I have
met are fools. This man is not.”

ROGER CASEMENT, *Putumayo Journal*

“**¡Y**o he sido cauchero, yo soy cauchero! ¡Y lo que hizo mi mano contra los árboles puede hacerlo contra los hombres!”. Así reza la tercera parte de *La vorágine* de José Eustasio Rivera (1998)¹, conocida como “el lamento del cauchero”. Sin duda se trata de una de las aproximaciones más vívidas a la ambigua moral del hombre blanco de frontera, y una que en la novela prologa y resume el desenlace, cuando los protagonistas serán devorados casi literalmente por la selva. Asimismo hace espejo de la contundente primera frase de la narración de Arturo Cova, cuando este rememora: “Antes que me hubiera apasionado por mujer alguna, jugué mi corazón al azar y me lo ganó la Violencia”. Son estos temas (la pasión, el azar, la violencia) los que configuran la reacción de Occidente frente a la selva: móviles esencialmente irracionales que parecen desatarse apenas el hombre blanco entra en contacto con lo que su milenario acervo mitológico indica que es el límite entre la cultura y la barbarie; fuerzas que están presentes por igual en los viajes al inframundo de Orfeo, Virgilio y Dante, y que, aparte de *La vorágine*, hallan un reducto clásico en *El corazón de las tinieblas* (*Heart of Darkness*) de Joseph Conrad (2002)².

Para Michael Taussig (2002: 144), en su influyente *Chamanismo, colonialismo y el hombre salvaje...*, el ingreso al sinsentido de la selva y el mundo salvaje predispone el recurso al terror. Es así como, a caballo entre el mundo de Rivera y el mundo de Conrad, y enfocándose en las atrocidades perpetradas por los caucheros colombo-peruanos durante el periodo de la explotación amazónica en el primer tercio del siglo xx, eleva en cuanto explicación de la barbarie blanca la sinrazón misma. En otras palabras, estima que, para otorgarle sentido a un mundo sin sentido (esto es, el mundo salvaje), el blanco —que es lo mismo que

1 La edición original data de 1924.

2 El manuscrito original data de 1898 y la primera edición de 1902.

decir Occidente— revierte a su propia manera de sinsentido, al consti-
tuirse él mismo en una parodia del salvaje. Otro tanto ha aseverado el
antropólogo singalés Gananath Obeyesekere (1997: 11) en su polémico
The apotheosis of Captain Cook..., aunque desde un punto de vista ma-
tizadamente diferente al de la interpretación marxista-foucaultiana de
Taussig. Para Obeyesekere, el hombre blanco se comporta conforme
uno de dos “modelos míticos”: el de Próspero (el ilustrado shakespe-
riano quien mediante el intelecto llega a organizar y, en consecuencia,
a redimir el mundo salvaje) o el de Kurtz (el espíritu iluminado de *El
corazón de las tinieblas*, quien hace del terror un fin para dominar al
mundo salvaje, y, en el camino, se hace más terroríficamente salvaje
que los propios “salvajes”)³.

Mientras que para Taussig prima la idea de que en el trasfondo
de todo este proceso se encuentra el determinante capitalista, y por
lo mismo se fundamenta en la idea marxista de “fetichización de la
mercancía” (pues es en la selva donde se da una forma aberrada de
fetiche: la vida como una deuda permanente que se cobra a perpe-
tuidad, de generación en generación, mediante el terror expresado a
su vez en el sistema de *endeude*), para Obeyesekere existen móviles
más insondables, arquetípicos si se quiere, insertos en la estructura
profunda de la lógica occidental, independientemente de en qué fase
histórica se encuentre. Dado que, como lo hemos señalado, la mitolo-
gía del encuentro con la selva se remonta a épocas que se asocian a los
orígenes mismos de la idea de Occidente —previas, en ese sentido, al
surgimiento del capitalismo—, y que se ha extendido casi sin varian-
tes sustanciales hasta nuestros días, tendemos a estar de acuerdo más
con el esrilanqués que con el australiano. Es así como nos disponemos
a desarrollar un ejemplo ilustrativo, tomado del mismo contexto en el
que Taussig desarrolla su tesis, para mostrar cómo es posible interpre-
tar el terror de una manera alterna a como este lo hace. Trataremos,
pues, el caso de Armando Normand, el infame capataz de la estación

3 Por “modelos míticos”, Obeyesekere (1997: 10) entiende “un mito importante o
paradigmático” que puede “servir como modelo para otros tipos de construcciones
míticas”, o bien “un conjunto subyacente de ideas (una estructura mítica o un
conglomerado de mitemas) utilizado en una variedad de formas narrativas”.
Entendemos que, así trabajada, esta noción resulta esencialmente análoga a aquella
de “arquetipo” como la usa, por ejemplo, Caro Baroja (1991), o incluso, como lo
veremos, a aquella de “esquema” postulada por Gombrich (1979).

cauchero de Matanzas: alguien a quien el cónsul Casement, durante su célebre investigación sobre las atrocidades peruanas en el Putumayo, en 1910, no vaciló en calificar de “monstruo absoluto”⁴.



Hasta la fecha, no se ha intentado por parte de los estudiosos de la Casa Arana un perfil biográfico de sus personajes más conspicuos, salvo, probablemente, el del propio Julio Arana (Lagos, 2005). Acaso la información es tan apabullante, y a la vez tan reiterativa y tan contradictoria, que *todos* los sindicatos de los crímenes más horrendos contra la población indígena (en los informes de Casement y el juez Carlos Valcárcel, en *El libro rojo del Putumayo* o en la compilación de denuncias de Vicente Olarte Camacho, entre muchos otros) terminan reuniéndose en el mismo espécimen: en el del cauchero sádico e irracional, cínico e inescrupuloso, el mismo que, a la postre, canta José Eustasio Rivera. Esta situación de por sí nos dice bastante sobre lo que significa la figura del empleado de la Casa Arana, similar, por ejemplo, a la del anónimo funcionario de un campo de concentración nazi. Lo que importa son sus crímenes, sus cientos de atrocidades, y no su vida en cuanto individuo. A lo cual hay que sumarle que no son fáciles de exhumar en la literatura impresa (incluso la de la época) datos biográficos que vayan más allá de un par de generalidades. Por ende, intentar reconstruir la vida de cualquiera de estas figuras es un acto en cierto sentido fútil, pues cabe suponer que la personalidad se pierde

4 “[A]n ‘absolute monster’ capable, from his face, of any crime” (Casement, 1997: 258). De aquí en adelante, nos referiremos siempre a esta edición de su diario amazónico ejemplarmente anotada por Angus Mitchell. No tomaremos en cuenta los llamados “Diarios negros” (*Black Diaries*) de Casement, piezas clave en la incriminación del cónsul durante su proceso como traidor a la causa británica durante la Primera Guerra Mundial, en particular por su revelación del patriota irlandés como un homosexual que había hecho del viaje al Putumayo un desafortunado *tour* de encuentros eróticos. Nos parecen sensibles los argumentos adelantados por Mitchell sobre la falsificación o, cuando menos, alteración de tales documentos por parte de los servicios de inteligencia militar británicos, que habrían tomado como base el original que aquí se invoca. Lo cual no niega la factible homosexualidad de Casement, pero tampoco la hace muy relevante para nuestros fines. De igual manera vale anotar que nada de lo escrito sobre Normand en los *Black Diaries* varía sustancialmente con respecto a lo aparecido en el *Amazon Journal* —salvo por el hecho de que en los primeros aparece menos veces—, como para incluirlo en cuanto variante significativa en la mitología sobre el personaje (véase también a Inglis, 1973; Mitchell, 2003; Ó Síocháin, 2007; Reid, 1976).

en el fárrago de horrores; horrores que son muchas veces achacados a diversos nombres a la vez y en un marco casi atemporal. En todo caso, si en algo vale el esfuerzo, es justamente porque pone en evidencia un tipo social: ciertos valores y *modus operandi* compartidos, cierta simbiología afín.

Recordemos que están los modelos míticos que propone Obeyesekere, entre los cuales prima, para este caso, el de Kurtz. Tanto así que el editor del diario de Casement (1997: 253), Angus Mitchell, no vacila en afirmar que “si hay una sola figura que se asemeje” al personaje de Conrad, “este es Armando Normand”. El juicio es relevante, pues, como es bien sabido, Casement y Conrad se conocieron en 1890 y convivieron durante algunas semanas en Matadi, en el que entonces era el Estado Libre del Congo, todavía cuando el primero ejercía su irreflexiva labor como curtido agente del colonialismo y el segundo era un aventurero polaco de nombre Józef Korzeniowski, empleado como capitán de un carguero fluvial (Sebald, 1998: 101 y ss.). Mitchell (2003: 22) asevera que “hay poca duda de que Casement tuvo un impacto formativo en la percepción que Conrad tuvo de África”, pero puede que la influencia haya ido más bien en sentido contrario. No solo Kurtz explicó a Normand al moderno editor de Casement, sino que da la impresión de que también ayudó al propio cónsul a disponer de un *modelo* —o de un *esquema*, como lo definiría Gombrich (1979)— para encuadrar al agente cauchero.

Ahora bien, si examinamos la vida de este sujeto *como correspondiente con un modelo mítico*, podemos, al menos parcialmente, resolver el dilema entre lo puesto y lo supuesto. Además, su caso es uno de los más interesantes, ya que, aparte de ser uno de los más socorridos a la hora de ilustrar las atrocidades del Putumayo, frecuentemente se le consigna con mucho detalle. Y aún así, paradójicamente, Normand es uno de los pocos personajes de los cuales, que se sepa, no ha quedado testimonio visual. No disponemos de un solo retrato o fotografía de conjunto que nos dé una idea de cómo era su figura; solamente los testimonios escritos, como solo los tenemos de Kurtz. En este sentido, Armando Normand es a la vez el cauchero más propenso a la reconstrucción histórica y el más proclive a la mitologización.

No obstante, disponemos de un documento precioso, el cual, que sepamos, nunca ha sido atendido. En 1913, el aventurero estadounidense

Peter MacQueen —uno de esos personajes tan de la época, por igual fascinantes y sospechosos, que un día podían cubrir la pérdida de Panamá y otro, la vida gitana en el Danubio— visitó a Normand en la cárcel de Guadalupe, en Lima. Fruto de ello quedó un curioso artículo para *The National Magazine* de Boston, en el que, aparte de bosquejar una rápida semblanza del reo en sus circunstancias actuales, dejó que este narrara su historia y su versión sobre los hechos que condujeron a su captura. Tal y como aparece el texto, diera la impresión que luego de la presentación de MacQueen, Normand tomara la pluma. A lo largo de cuatro apretadas páginas, y en una confiada primera persona, el presidiario hacía memoria de sus orígenes, de su ingreso al mundo de las caucheras, de su relación con los indígenas (a los cuales se le acusaba de haber aniquilado por miles, con un sadismo impávido) y, por supuesto, presentaba sus descargos frente a las acusaciones de Casement, que con razón estimaba que habían incidido en su arresto. El artículo terminaba sin que MacQueen retomara la escritura, dando así la impresión de que aprobaba tácitamente la versión del recluso⁵.

Hay suficiente evidencia para dudar seriamente de mucho de lo que afirma Normand en su recuento —el tono exculpatorio es tan previsible como evidente—, pero no solo resulta afortunado tener acceso a un esbozo autobiográfico por parte suya, sino que provee información contextual que puede suponerse como esencialmente veraz. En cualquier caso, lo que aquí nos interesa no es tanto la verificación factual de los datos sino la construcción de su personaje: de una vida infame que, de seguro, así no lo reconociera en su escrito, también ayudó a modelar. Nos permite seguirlo, además, tanto a partir de lo que dijo de sí mismo, como de lo que otros, interesados en condenarlo o exonerarlo, dijeron de él.



Nació en Cochabamba, cerca de 1880, de padre peruano y madre boliviana. Su familia, escribió, “era una de las primeras” en la

5 Todo parece indicar que este artículo, o al menos el aparte presuntamente escrito por Normand, debe ser el mismo que Valcárcel (1915: 106) y Donadío (1995: 26) mencionan como publicado en el periódico anglófono limeño *The West Coast Leader*, en su edición del 22 de mayo de 1913. No nos ha sido posible ubicar dicho ejemplar para confrontarlo con este de *The National Magazine*, pero lo que es un hecho es que ninguno de los dos autores le dio mucha importancia a tal escrito.

provincia, lo cual “le otorgó excelentes oportunidades para asegurar una educación”. Abandonó su ciudad natal a los veinte años, luego de graduarse del seminario local, para estudiar leyes, presumiblemente en La Paz. No obstante, renunció a la carrera en su segundo término para desplazarse hacia Buenos Aires, donde asistió a la Escuela Nacional de Comercio, de la cual se graduó como contador público. En 1903, viajó a Londres y estudió “por unos pocos meses en la Pitman School de Russell Square, con el fin de perfeccionar [su] conocimiento de la teneduría de libros y los métodos modernos de administración”. Un año después se hallaba en Manaos, trabajando para el cónsul peruano “fundamentalmente en asuntos relativos a la publicación de *La Unión*”, periódico del cual su jefe era dueño, y también haciendo algunas traducciones y dando clases de inglés y contabilidad. Probablemente en virtud de sus dúctiles capacidades fue empleado en 1904 por Julio César Arana para “acompañar en calidad de intérprete al señor Abel Alarco a Barbados, a donde se dirigía para contratar nativos con el fin de que trabajaran en las regiones caucheras”. Al regreso, que se complicó por el creciente descontento de los enganchados, prosiguieron hasta la estación de La Chorrera, sobre el río Igaraparaná, entonces el asiento principal de “Arana, Vega y Compañía”.

Contaba Normand que durante los meses siguientes recibieron “constantes advertencias concernientes a la actividad de [...] los salvajes andoques” (MacQueen, 1913: 942-943). “Todo el tiempo teníamos pequeños encontrones con los indios”, decía.

Manteníamos enviando a nuestros intérpretes [...] entre la manigua, con la intención de inducirles a traer caucho a la estación y recibir bienes a cambio. Por esa época, [...] recibí una nota de [Juan Bautista] Vega (aviador pastuso, socio de Arana y cónsul colombiano en Iquitos) [...] informándome que yo y otro hombre cuyo nombre no recuerdo [...] estaríamos a cargo de la estación de Matanzas. Habríamos de recibir, aparte de nuestro pequeño salario mensual, tres soles por cada quince kilos de caucho recolectado. Esta sociedad duró hasta febrero o marzo de 1906, cuando el otro sujeto fue despedido por su actitud hacia los indios. Él pretendía obligarlos a traer el caucho a la estación, y se metía a la selva a amenazarlos con varios castigos si no traían la cantidad demandada. Yo conocía a los indios y sabía que el único resultado de tales

métodos iba a ser que no obtuviéramos nada. Fui a buscar a Vega a La Chorrera y le puse de presente mis condiciones, y así fue que me pusieron en completo control de Matanzas.

En noviembre de 1906 escuchamos que los indios estaban haciendo planes para atacar la estación. Espero que ustedes enfaticen el punto de que el rencor de los nativos contra los blancos fue el de siempre: porque se les desposeía de una tierra que por derecho era suya, y hasta donde mi experiencia me lo ha enseñado, la cuestión del trato hacia ellos era sólo un asunto menor (p. 944).⁶

Como fuera, ya por esa época Normand y asociados, así como su patrón Julio Arana, eran objeto de las denuncias de Benjamín Saldaña Rocca, un contumaz periodista de Iquitos que los hacía responsables de los crímenes más atroces contra los nativos y colombianos habitantes de la zona, amparándose en las declaraciones de antiguos trabajadores de las distintas estaciones caucheras⁷. En Olarte Camacho (1932:89), se lee:

*Matanzas*⁸ (!!) —escribía Saldaña en 1907—, otra sección de Igaraparaná⁹, es la más pestilente y la que conserva más esqueletos a los alrededores de la casa de los cientos de indios que han sido inmolados por la ferocidad de Norman [*sic.*]. Este mozo, que está en la plenitud de la vida, pues aún no tiene veintidós años, es más criminal que el célebre Chacallaza, de memorable recordación en los anales de la penitenciaría de Lima¹⁰. En la sección que dirige, Norman manda matar sin compasión y quemar por centenas a los

6 El estilo de esta memoria es tan preciso que cae en la redundancia frecuente. Eso mismo nos hace pensar que puede provenir efectivamente de la pluma de Normand. En cualquier caso, en esta traducción hemos evitado lo que consideramos innecesarias reiteraciones, de tal manera que aquí y allá hemos alterado levemente el texto original.

7 La figura y los móviles de Saldaña, “judío y socialista activo” (Casement, 1997: 216; n. 163), se examinan minuciosamente en Stanfield (1998: 125-126).

8 El énfasis es del original.

9 Esta ubicación está errada. Matanzas se ubicaba entre el temprano río Cahuinarí y el medio río Caquetá, sobre todo del lado de este último.

10 Sobre este curioso criminal mestizo y las interpretaciones lombrosianas en torno a su personalidad, muy similares a las que Casement hizo de Normand (por ejemplo que se trataba de “una especie de ser mitológico terrible, cuyo solo recuerdo producía terror”) véase Aguirre (2000).

indios, y se les azota por millares; estas gentes, así flageladas y sin curación de ninguna especie, se agusanan y despiden fetidez de carnes podridas; ya en ese estado de descomposición, e inservibles para el trabajo, los manda matar a machetazos.

Aquí ya aparecían en embrión los *leit motiv* que desde entonces acompañaron la figura de Armando Normand: su prolijidad con el fute, su asociación con el olor a carne putrefacta y, sobre todo, su crueldad pirómana. Así, cuando Roger Casement llegó al Putumayo, al cauchero lo antecedían al menos tres años de oprobio, situación que al cónsul parecía resultarle todavía más deshonorosa dados los orígenes del personaje. El cónsul le escribía al canciller británico Sir Edward Grey, en enero de 1911¹¹:

[...] boliviano, creo que de ascendencia extranjera. En gran parte educado en Inglaterra. Un hombre de quien nada bueno puede decirse. Sus crímenes son innumerables y hasta los peruanos blancos me han contado que Normand hacía cosas que ningún otro hacía. [...] Si alguien en el Putumayo merece ser castigado, con este hombre debe darse el ejemplo.

Pero si hemos de creerle a Normand con respecto a su vida anterior a Matanzas (que en principio sería razonable hacerlo, dado que, hasta donde sabemos, no tenía entonces prontuario criminal que le precediera), ni era de linaje europeo, ni había sido “en gran parte educado en Inglaterra”, aunque también es muy posible que en algún momento hubiera presumido de ello. En cualquier caso, ambos atributos trascendieron casi sin cuestionamiento hasta nuestros días, en

11 “[A] bolivian, I believe of foreign parentage. Largely educated in England. A man of whom nothing good can be said. The crimes committed by this man are innumerable, and even Peruvian white men said to me that Normand had done things none of the others had done. [...] If anyone on the Putumayo deserves punishment this man should be made example of” (Casement *et al.*, 1912: 3). El juicio fue transcrito tal cual en las influyentes obras de Hardenburg (1912: 267) y Paternoster (1913: 92). Sin embargo, otra rendición contemporánea del documento —en Philip (1991: 332)— muestra algunas variaciones muy llamativas que aquí ponemos en cursivas: “boliviano, creo que de ascendencia *francesa*. En gran parte educado en Inglaterra. Un hombre de quien nada bueno puede decirse; él es un monstruo. Los crímenes *cometidos por este canalla* son innumerables y hasta los peruanos blancos me han contado que Normand hacía cosas que ningún otro hacía”.

obras de difusión como las de Collier (1968: 275) y Lagos (2005: 267), y sobre todo fueron acentuados en varias novelas. Así, por ejemplo, César Uribe Piedrahita (1933) o Alberto Montezuma Hurtado (1966), probablemente con fundamento en la tradición oral de la zona, le otorgaron un hablado en “espanglish” a medio camino entre la procacidad chola y el amaneramiento dandy. En *El paraíso del diablo*, Hurtado (1966: 175) se refirió a «Armando Lormand, un sujeto de origen inglés, a quien llamaban el “pibe” Lormand en razón de su juventud», mote que tendría sentido tomando en cuenta sus estudios en la Argentina. De manera correspondiente, su apellido se prestó para toda suerte de adaptaciones y transcripciones: se escribió Norman, Lormand, Normán o incluso Nordeu (Olarte Camacho, 1932: 142). Según otros registros (Hardenburg, 1912: 233), parece que también respondió al nombre de Felipe, o que lo usaba alternativamente.

En otras ocasiones, como en *El bosque que llora* de Vicky Baum (1944: 366-367), se prescindió del nombre para llamarlo simplemente “El Boliviano”.

El boliviano, el de cara blanca, el que se jactaba de su educación, el que era el más bestial de los bestiales jefes de la Compañía Peruana del Amazonas, bebía brandy de un gran vaso. Se tenía mucha compasión a sí mismo esa noche. Había sufrido un fuerte ataque de malaria y también le molestaba su vieja sífilis, que los médicos de Iquitos habían prometido curarle tantas veces pero que no le habían curado. Sus ocho muchachas, la cosecha del mes, estaban sentadas a su alrededor y lo contemplaban fijamente con sus estúpidos ojos indios. Las detestaba a todas. Detestaba el olor de sus cuerpos y el contacto de su piel y el sudor de sus frentes y la apagada y fría impassibilidad con que lo aburrían. Eran animales y algo peor que animales y él las detestaba, porque en la niebla de su borrachera y de su fiebre las hacía responsables de su fracaso como hombre. En los últimos tiempos, ni el retorcerse de los flagelados cuerpos, ni el sonido de los gritos, ni la contemplación de las torturas y violaciones lograban la excitación y el deseo. Estaba enfermo hasta la médula de los huesos y vacío e impotente y la vida era para él algo así como un sabor desagradable que no podía escupir. En alguna parte, alguna vez, había sido un joven lleno de fuerza y energía. Un hombre blanco. Un hombre culto. Soy un

caballero, gemía El Boliviano. Había ido al Putumayo a enriquecerse y seguía siendo pobre. Había tenido salud y estaba enfermo. Le habían gustado las mujeres y ahora las odiaba.

En su entrevista con Peter MacQueen (1913: 946), Normand afirmó haber solicitado que se le reemplazara en Matanzas, “a principios de 1910, antes de que llegara Sir Roger Casement y de que nadie hubiera escuchado de su arribo”, alegando hallarse con “escalofríos y fiebres [...] habitualmente enfermo y con síntomas del terrible beri-beri”, lo cual confirma en parte el cuadro psicossomático elaborado por la escritora austriaca, así en cambio no resulte claro si sufrió de sífilis. Lo único poco creíble, aunque de ello bien podía haberse lamentado en público, era su pobreza. Los testimonios de quienes conocieron a Normand, comenzando por el propio Casement, más bien hicieron hincapié en su holgura material. En cualquier caso, el pasaje condensó perfectamente la imagen literaria del cauchero. Luego su identidad cambió, pero no su fama. Así que apareció bajo el nombre de “Jorge Ruiz” en *The Mannings*, un novelón *best-seller* del estadounidense Fred Mustard Stewart (1973: 162), donde su retrato fue igualmente interesante. Ruiz, agente de la estación de “Oro Blanco”, “pudo haber sido un contador exitoso en Caracas, pero aquí en la selva se había convertido en un monstruo”. Stewart trocó nombre, nacionalidad y lugar, pero evidentemente se inspiró en nuestro personaje. O su figura fue leída a la luz de otros caracteres. De ahí que, justo por la época en que los escándalos del Putumayo eran noticia en la prensa británica, el publicista G. Sidney Paternoster (1913: 116) haya aseverado que que “Los actos de Simon Legree palidecen frente a aquellos de Armando Normand”. Simon Legree era el esclavista ambicioso, cruel y depravado de *La cabaña del tío Tom*, de Harriet Beecher Stowe (1852), y su nombre ingresó al léxico del idioma inglés como definitorio del villano por antonomasia. Para Paternoster, decir Normand hubiera podido significar lo mismo en castellano.

Aun así, fue Roger Casement quien más contribuyó a proliferar semejante conjunción de asociaciones. Empero, su diario amazónico atestigua que cuando fue al encuentro de Normand, el dublinés también llevaba consigo una imagen predeterminada del villano. Conocía ya las terribles acusaciones de Saldaña Rocca y, a medida que se iba

acercando a Matanzas, iba persiguiendo el rastro creciente de su leyenda. El 24 de septiembre de 1910, en La Chorrera, supo por boca del barbadiano Joshua Dyll cómo por órdenes del boliviano este había aplastado los testículos a dos indígenas rebeldes. Seis días después se enteró en la sección “Occidente” sobre la suerte de Aquileo Torres, un colombiano originalmente esclavizado por Normand que luego — acaso bajo la tutoría de su antiguo captor— se convirtió en uno de los peores cazadores de indios¹². El 3 de octubre reportaba con sorna que Normand obtenía dividendos de hasta el 20% sobre las entradas totales de su distrito y que ello debía permitirle el mantenimiento de un populoso harén. De tal manera que cuando Casement por fin alcanzó Matanzas, el lunes 17 de octubre, su percepción ya no podía ser más aprensiva (Casement, 1997: 256):

Me dieron la sala de estar de Normand; estaba toda pegada de recortes tomados del Graphic, cuya gran mayoría tenía que ver con la guerra ruso-japonesa de 1904. También había muchas cocottes [fotos de prostitutas] tomadas de algún periódico parisino de baja clase, y varios retratos de gente suramericana con aspecto brutal. Uno de estos me imagino que debe ser del propio Normand “cuando niño”; parece un judío delincuente del East End [de Londres], con labios gordos y grasientos y ojos circulares. También cuelgan certificados de la Escuela Londinense de Contabilidad, de 1904, por los que se atesta su formación en alguna escuela de enseñanza media, en una fecha anterior¹³.

Difícil hubiera sido esperar una descripción más halagüeña. Pero a pesar de que el cuadro que presentaba el cónsul de Normand era deliberadamente repulsivo (y de que, por cierto, se hallaba teñido de un sorprendente antisemitismo¹⁴), también demostraba la insospechada

12 Normand también se hizo célebre por sus varias excursiones contra los asentamientos colombianos en la zona. Varios testimonios se recogen en Gómez, Lesmes & Rocha (1995).

13 Aquí, como en otras ocasiones más adelante, nuestra traducción del original inglés será por fuerza mayor aproximada, dado el carácter coloquial y abreviado del diario. En todo caso, como sucede igualmente con el testimonio de Normand, la exactitud de nuestra versión puede verificarse fácilmente de cara a la edición citada.

14 Dado que el aporte de Casement a la infamación de Normand fue enorme, resulta importante recalcar la proclividad del irlandés por las interpretaciones

complejidad psicológica de su modelo, al menos si se le ponía en relación con los demás elementos del lugar. Nadie hizo nunca una descripción más detallada de su rostro, aun cuando Casement no confirmó en su diario si, al cabo de conocer a Normand, su semblante correspondía efectivamente con la presunta fotografía de “cuando niño”¹⁵. Por lo demás, la vívida ambientación daba una idea del tipo de persona que era: cosmopolita en cuanto las circunstancias y la formación se lo permitieran, dado a la pornografía francesa y a confrontar su experiencia directa con la de las imágenes folletinescas de la selva, orgulloso de su educación media. Hurtado (1966: 179), quien es imposible que hubiera tenido acceso a los diarios originales de Casement, anotó por su parte que

[...] la barraca del pibe tenía una especie de alta terraza interior, desde la cual se dominaba un extenso y tupido sector de la selva. En las paredes estaban pegadas varias oleografías con motivos ingleses y un retrato en negro del rey Eduardo VII, arrancado de alguna revista de su patria; además, detalle curioso, había dos mesitas en la esquina con dos grandes vasos de flores de la selva.

fisiognómicas y social-darwinistas. Independientemente de que sus denuncias hayan sido ajustadas a la dimensión barbárica de los crímenes de Normand y asociados —que muy probablemente lo fueron—, con frecuencia aparecen juicios racistas en su diario y hasta en el informe final sobre las atrocidades putumayenses, presentado ante el Parlamento británico. Casi invariablemente, los objetos de su prejuicio son peruanos mestizos o negros barbadenses. Así, en su diario Casement (1997: 260) describe al capataz Westerman Levine como “un negro pequeño y malencarado de sonrisa impostada”, cuya “cara despierta desconfianza y disgusto a la vez; su mirada siempre al acecho, y una boca débil y chapucera”, hasta el punto que más adelante lo califica como “la contraparte negra” (p. 301) y el “instrumento miserable” (p. 302) de Normand. Adan Negrete (o “Negretti”, como lo escribe con obstinación), ayudante del boliviano, no sale mejor librado. Es un «“animal humano” [...] Un mestizo delgado, de aspecto vicioso, procedente de Moyobamba», de “ruinosa cara de hurón y dientes como los de un animal salvaje, y una mirada feroz y hambrienta” (p. 274). Por su parte, en el informe ante el Parlamento, Casement, sostiene con desesperación sobre otro barbadense, Augustus Walcott, que “se contradice de pura estupidez” (Casement *et al.*, 1912: 113). (Este polémico aspecto de Casement se trata en un esclarecedor artículo de Séamas Ó Siocháin, de 1997, a quien agradezco haberme facilitado una copia del mismo por vía electrónica).

- 15 MacQueen, en su entrevista de 1913, no fue la excepción. Lo más que llegó a citar fue al periodista C. N. Griffis, su acompañante en la visita carcelaria, quien describió a Normand como “una figura delgada y activa. Sus facciones eran bien definidas y resueltas, sus ojos brillantes e inteligentes, y sus maneras intrépidas y a la vez corteses” (MacQueen, 1913: 942).

Tal vez se tratara de otro espacio de la residencia; tal vez fuera una reconstrucción de oídas, o imaginada a partir de lo que escuchó decir sobre Normand, pues delataba un presunto ascendiente británico. El hecho es que, en ambos casos, lo que transpiraba hasta este momento era la imagen de un ser más bien inocuo, de un agente de frontera, algo vulgar, tal vez, pero no monstruoso, e incluso con algunas aspiraciones intelectuales. Un Kurtz, en suma, antes de ser *el* Kurtz de Conrad.

“El Kurtz original [escribía Conrad (2002: 94)] había sido educado en parte en Inglaterra, y, como él mismo era capaz de admitir, sus simpatías se hallaban en el lugar adecuado. Su madre era medio inglesa, su padre medio francés. Toda Europa contribuyó a hacer a Kurtz”. En el caso de Normand, si hemos de creerle, su ascendente no era europeo, pero aun así las coincidencias eran notables. Ambos eran jóvenes de mundo, ambos eran agentes exitosos de sus respectivas empresas, ambos habían transmutado en seres temibles. Tan lejos llegaban las similitudes, que al menos un autor, W. J. Mc Cormack (2002), aventuró una teoría sobre Normand en líneas parecidas. Este historiador de la literatura irlandesa estimó que el cauchero podía ser hijo de los pintores ingleses Ernest Normand y Henrietta Rae, él exponente menor de la pictórica orientalista, tan en boga en la segunda mitad del siglo XIX —“poco de su trabajo se elevó del nivel de pornografía encubierta” (Mc Cormack, 2002: 121)— y ella retratista de algún renombre y componedora de escenas hiperrománticas, pletóricas en hadas y heroínas medievales. Rae, además, se radicó durante una larga temporada en Belfast, Irlanda del Norte, situación por la que el investigador adujo que Casement pudo haberla conocido y, a partir de esto, haberse interesado por su hijo. Armando Normand habría sido entonces un vástago del imperialismo estético y hedonista, más o menos como pudo haberlo sido Kurtz. La teoría es fascinante pero se sostiene sobre bases muy frágiles. Aunque aprovecha coincidencias o influjos inductibles, su única evidencia son los temas tratados por Ernst Normand (la esclavitud —sobre todo en la acepción erótica que implica el término inglés *bondage*—, los parajes exóticos, la vida disoluta) y las relaciones personales de su esposa. El planteamiento es muy confuso y discutible, incluso si supusiéramos, apelando a un sano escepticismo, que Normand hubiera tenido razones para ocultar su verdadero origen. Ahora bien, reitera el hecho que Normand, dondequiera que

haya nacido y quienesquiera que hayan sido sus progenitores, no debía estar muy lejos de una existencia más bien burguesa y mitigadamente bohemia, que era la misma de Kurtz. Y Kurtz también era pintor; en algún momento de *El corazón de las tinieblas*, Conrad (2002: 53) —o mejor, su álter ego, Marlow— describía “un pequeño boceto al óleo” de su autoría, cuyo tema y composición podrían haber provenido del pincel de Ernst Normand o su señora: “una mujer, en ropaje y con los ojos vendados, llevando una antorcha encendida”. Más adelante, Marlow meditaba que Kurtz parecía “un pintor que escribía para los periódicos o [...] un periodista que sabía pintar” (p. 131). No sabemos si Armando Normand sabía pintar, pero de seguro sí sabía borrar. Borrar sus facciones, los linderos de su biografía, su rastro¹⁶.



No puede perderse de vista que todas las características hasta ahora enumeradas aparecen en su momento como atributos sumados a un ser que ya se daba por atroz. El Normand “normal” y esencialmente “racional”, el Normand previo al encuentro con la selva, es el que de manera creíble trasluce en la entrevista de 1913. Es más, puede que hasta genuinamente hubiera llegado a Matanzas creyendo que era posible convencer por las buenas a los indios de que recolectaran caucho para él, así como que la resistencia de estos obedecía a una legítima defensa de la tierra que “por derecho era suya”. Pero en el interludio *algo* ocurrió. La confianza cedió al pánico; el pánico condujo al terror. En la indagatoria que el juez Carlos Valcárcel realizó en 1914 (Valcárcel, 1915: 98) aparece, por ejemplo, lo siguiente:

16 Queda también otro tenue indicio por seguir. En el boletín de *Proyectos e informes del Honorable Senado Nacional* del Congreso de Bolivia editado en 1915, entre las páginas 736 y 737 del segundo volumen se da cuenta del indulto al “reo Armando Normand”, absolviéndole de pagar “el resto de la pena de reclusión y de destierro a que fue condenado por homicidio a Cleómedes Ferrufino”. No puede tratarse de nuestro hombre, pero podría ser su padre. Pues justamente la Cámara decidió perdonarlo en consideración a “las circunstancias especiales de que el reo Normand tiene la edad de más de setenta años”. Los datos cuadran en cualquier caso. El cauchero debía frisar los veinticuatro años en 1904, conforme su testimonio, de lo cual se colige que su progenitor bien podía promediar los cuarenta años en 1880 y, en consecuencia, tener “más de setenta” en 1915. ¿Pero quién era este otro Armando Normand, acaso *senior*? Salvo que fue un homicida, nada más nos dice este documento.

El testigo (civilizado) Ismael Portillo (colombiano) declaró en la sección “Atenas”: que vio en Andoques [el otro nombre por el cual se conocía a la estación de Matanzas] a Normand quemar a un indio vivo, encadenado previamente; que el mismo Normand empapó al indio con kerosene y le prendió fuego diciendo Normand en ese momento al declarante y a otras personas que presenciaron el acto: “vean así hay que acabar con estos indios que nos quieren matar [...]”¹⁷

Otra versión de la historia —que puede ser de un hecho diferente, pero que corresponde con el mismo motivo— se encuentra en esta colorida narración de César Uribe Piedrahita (1933: 87-88) en su novela *Toá*.

—Pongan a los jefes de la tribu la túnica real —ordenaba mister Normand, fumando la pipa con displicencia.

—Eso es. Muy bien! Qué bonitas túnicas se hacen con sacos de empaque! Qué bonitas!

El inglés acarició la carabina de repetición y luego ordenó fríamente:

—Well Stanley! Call the other boys. Give the Indians a bath with kerosene. And... you know!... The bloody rascals!

Los negros de barbadas [*sic.*] bañaron con petróleo el cuerpo de los infelices caciques envueltos en sacos de yute y les arrimaron cerillas encendidas. Gritos desgarradores siguieron a los fogonazos y los indígenas, vestidos de fuego, corrieron hacia el río con la esperanza de apagar en él, la llama que los roía.

Sonó varias veces la carabina de Normand y las víctimas cayeron retorciéndose, crepitantes. Hacían muecas espantosas y saltaban como el rabo amputado de una lagartija. Algunas de las antorchas vivas lograron llegar hasta el río y se hundieron en el agua turbia.

—Oh! Bello espectáculo! Igual que las grandes fiestas del Circus Maximus! Qué bonito!... Wonderful...!

Y encendió la pipa.¹⁸

17 El énfasis es del original.

18 Una escena asociada es, por supuesto, aquella que describe *La vorágine* en boca

Ambas versiones son interesantes pues cada una expone una connotación relevante para la figura mitológica de Normand. La primera, la de Valcárcel, da como razón ulterior a la barbarie el miedo a los indios, es decir, a la represalia del mundo selvático a través de los salvajes¹⁹. La de Uribe Piedrahita, mientras tanto, nos presenta un ser que goza mórbida pero infantilmente del acto, una suerte de ser *amoral* como pudieran serlo (simbólicamente hablando) el emperador Nerón —con quien se le habrá de asociar con frecuencia en varias fuentes (p. ej., Rodríguez, 1937: 35)—, o, justamente, un salvaje, un bárbaro por antonomasia. Aunémosle a esto el siguiente sumario de cargos con que inicia el capítulo concerniente a Normand en el informe del juez Valcárcel (1915: 76-78). La cita es extensa, pero su lectura es sorprendentemente instructiva:

Armando Normand, jefe de la sección Andoques pone presos en la casa de esa sección cerca de mil indios los que mueren atormentados a látigo, cepo y hambre. — Normand hace aplicar 150 azotes al capitán indio Añujandoy, quien muere a consecuencia de ese castigo. — Los indios azotados por Normand se pudren y despiden una fetidez insoportable, sentida no sólo en la casa antedicha

del rumbero Clemente Silva, en un suceso acaecido en la estación de La Chorrera, también frecuentada por Normand. Aunque este no es mencionado directamente, no cabe duda de que la historia se inspiró en las denuncias de Saldaña Roca y en lo que al respecto consignó el informe de Casement (1912: 99). Otra variante interesante se encuentra en el crudo testimonio de Jenaro Caporo, empleado de la Casa Arana, según el cual Normand “suspendió a otra india de cuatro estacas o postes, por las manos y por los pies, y después de darle cien latigazos, tomó una bandera peruana, la que estaba al alcance de su mano, y destrozándola en pequeños pedazos los mojó en kerosene y envolvió en seguida los pies de la india y les prendió fuego. Tan pronto como la mujer empezó a sentir esa espantosa agonía, cogió su máuser, le disparó un tiro y la india cayó desplomada” (en Olarte Camacho, 1932: 18). Obviamente, esta y otras historias de la misma índole explican de sobra por qué la nación andoque llamó a los caucheros —y a los blancos, en general— “gente quemadora” (Guzmán, 1971; Espinosa, 1995). Ya el informe presentado en 1912 por el juez Rómulo Paredes afirmaba que “La sección Andoques, que se encuentra a 32 horas de La Chorrera está aniquilada y casi extinguida; y creo que los veinte o veinticinco indios andoques que viven en dicha sección constituyen el único residuo de la tribu del mismo nombre, antes tan numerosa y fuerte” (Valcárcel, 1915: 91).

- 19 Antes también, en el mismo informe, Valcárcel (1915: 79) ha consignado que “Ciriaco Saldaña declaró lo siguiente: ... que Normand asesinaba a aquellos indios de cinco en cinco cada día, [...] que Normand tenía o aparentaba tener la manía de que los indios lo querían matar”.

sino también a gran distancia de la misma. — Un perro de Normand, adiestrado especialmente, desgarró las carnes de los indios vivos. — Normand quemó vivos a los indios Guiguíje, Jeviche, Cadañeíneco, a un indio de la gente del capitán Andopopá, a otro indio cuyo nombre no se ha podido averiguar, a la india Jañaique; y a la mujer del muchacho Nerón. — Envenenamiento del indio Tao. — Normand mata a látigo, cepo y hambre al capitán indio Tomé. — Normand mata a látigo a su querida la india Isolina por celos con el empleado Armando Blondel. — Normand asesina a su muchacho de confianza Caifás. — Considerando degradante tener hijos en las indias que le servían de queridas, Normand las hace abortar. — La india Chaiche que fue querida de Normand declara que éste la hizo abortar una criatura blanca y bonita. — Normand enamorado de la india Paccicañate la arrebató a su marido el capitán Doñecoy y le cambió este nombre por el de Teresa. — Normand obliga a Doñecoy a renunciar a su mujer bajo pena de muerte; y éste tiene que resignarse a ello a pesar de su amor por Paccicañate. — Normand escarnea a Doñecoy dándole de beber en su prisión sustancias inmundas que Doñecoy se niega a tomar. — Normand mata de un hachazo a la madre de Doñecoy llamada Teja; y al padre del mismo Doñecoy el capitán Cadanifichía lo asesina también Normand a látigo, cepo y hambre. — Administrando justicia, Normand condena a muerte a la india Carolina por haber sido infiel a su marido el indio Pablo Andoques. — Fusilamiento del muchacho Nerón por orden de Normand. — Muerte de cinco criaturas en un asalto efectuado por Normand, sus empleados y muchachos de confianza a la choza del capitán Papay. — Normand extermina a los indios de las naciones Cadamechella, Cadanechajá, Japaja, Cadanache, Aduije y Tichuiná. (...) — En una correría, Normand ordena el degüello de muchos indios, hombres, mujeres y criaturas, y como los machetes eran de poco filo las cabezas de las víctimas quedan a medio cortar. — Normand para hacer más rápido el camino de regreso a la casa de la sección estrangula a algunas criaturas. — Serrallo de Normand. — Las hermanas Chiache o Zoy, Sacsoy, Paaj y Dicadaycá pertenecieron al serrallo de Normand, quien llevó consigo a las tres últimas al salir del Putumayo. — Normand corta los pies a la india Muneé, mujer del

empleado Ruiz y le atraviesa el vientre con un cuchillo a pesar de encontrarse la india próxima a dar a luz. — Normand asesina a la india Unubade porque no delató a su marido. — Normand convertido en Legislador, Juez y Verdugo, da leyes, administra justicia y ejecuta sus sentencias. — Según las leyes dadas por Normand los crímenes más horribles que podían cometer los indios y que se castigaban con la pena de muerte eran: huir los indios al bosque para escapar de la opresión, dejar de extraer goma elástica; y no entregar a Normand caucho en la cantidad que exigía. — Centenares de indios condenados a muerte por haber violado esas leyes sagradas. — Normand asesina de manera más alevosa a su querida la india Pacciñate o Teresa por celos con un empleado, el que es muerto también a palos por Normand. (...) — Empleo de la horca por Normand. [...] — Normand martiriza a un indio cortándole sucesivamente los dedos de las manos y de los pies porque no indicó donde estaban escondidos sus compañeros a los que perseguía Normand para asesinarlos. — Normand asesina a látigos al indiecito Tempestad de ocho años por haber muerto un pollo. — Normand pone a algunos de sus muchachos de confianza (verdugos) nombres de personajes ilustres de los Estados Unidos. — Los muchachos de confianza Washington, Roosevelt, Lincoln y Edison. — Normand azota cruelmente a su muchacho Caruso.

... Atroz, sin duda. Pero hay algo más en este inventario aparentemente interminable de aberraciones. Si se lee con cuidado, pareciera narrar, así enunciada, la *vida ejemplar* de un antihéroe o, por qué no, de un dios brutal. Alguien que se ha convertido en “legislador, juez y verdugo”, que impone “leyes sagradas”; que (como el Próspero de Shakespeare en la isla de *The Tempest*, y nótese que en el prontuario se le acusa de matar “al indiecito Tempestad”) rebautiza a sus subyugados, en este caso con “nombres de personajes ilustres de los Estados Unidos”, pero también de la ópera, e incluso —cosa dicente— de emperadores romanos como Nerón. Como es previsible, tiene un “serallo”: otro tema caro a la pintura de Ernst Normand, pero del cual, en este caso, Casement (1997: 257) también supo hacer un vívido retrato:

A las 2:30 a. m. [del 18 de octubre] fui despertado por un tamborileo de pies alrededor de la terraza, y voces bajas diciendo ante

la puerta del cuarto de al lado “Normand, Normand”. Brinqué de la cama y salí. Un hombre con una linterna y un rifle custodiaba una turba de figuras femeninas, cinco o seis de ellas con bolsas y equipo para el camino. [...] Era la llegada del harén, que se dirigía hacia el cuarto donde suponía que yacía durmiente su amo.

De nuevo se trata de un ser fundamentalmente amoral, bien sea porque está por debajo o, más bien, *por encima* de la moral²⁰. Se trata de alguien que se atribuye a sí mismo —y confirma en el ejercicio ilimitado de su poder— la capacidad para organizar el mundo a su antojo, para renombrarlo conforme a su panteón personal, para prescribir las reglas de su justicia (que no tienen por qué ser comprensibles más allá de su propia e íntima lógica) y disponer sobre todas sus formas de vida. Más aún, se trata de alguien que ha cruzado el umbral de la cultura para romper con el tabú de la vida y la humanidad. Se ha tornado él en *el* caníbal, tal y como lo narra el mismo juez Valcárcel (1915: 96):

El empleado Idelfonso Fachín declaró en la sección “Último Retiro”: [...] *que muchas veces vio que mientras Normand almorzaba, los verdugos por su orden azotaban a las víctimas y la sangre de éstas saltaba sobre los platos en que comía Normand; que éste procedía así por temor de que los indios se sublevaran [...]*.²¹

O, más explícito todavía, como lo consigna un ex empleado colombiano de la Casa Arana, Ricardo A. Gómez (1933: 85), en *La guarida de los asesinos*²²:

20 Justamente Terry Eagleton (2008) escribe en su agudo estudio sobre el terrorismo que “Tanto los dioses como las bestias son seres desmandados: los últimos porque quedan por debajo de la ley por su inocencia amoral, y los primeros porque se considera que al promulgar la ley están por encima de ella” (p. 16). “[S]u lógica, si es que la tienen, está llamada a superar nuestra comprensión” (p. 34).

21 El énfasis es del original.

22 Según Luis Eduardo Nieto Caballero (1933: 172), Gómez “permaneció cinco angustiosos años en la selva, exponiendo a diario la vida, en contacto con todas las fieras de carne humana, salidas de todos los antros del planeta”. Vicente Pérez Silva (1988: 61), en su útil *Raíces históricas de La vorágine*, afirma que de *La guarida de los asesinos* “se hicieron tres ediciones. Fue traducida al inglés y publicada por entregas en el *Times* de Londres”. Véase también Pineda Camacho (2004).

Era Normand un individuo que hacía ostentación de títulos nobiliarios y de finas apariencias exteriores; muy amante de la literatura y como tal amigo de borrar cuartillas que con frecuencia enviaba a periódicos londinenses y limeños; pero de alma impura alimentada por concupiscencias criminales. [...] A buen seguro que si ese moderno inquisidor hubiera existido en los aciagos tiempos de la Roma pagana, habría sido el supremo sacerdote designado por el fanatismo supersticioso para alimentar de *combustible* humano la gigantesca efigie de Moloch, medrosa divinidad ante quien ofrecían sus holocaustos los bárbaros descendientes de Rómulo y Remo.

Un día los muchachos que se hallaban al servicio de los blancos salieron de cacería y a las pocas horas regresaron a la casa llevando auestas una hermosa danta. Ver el gordo cuanto provocativo animal y saltar todos de gusto, fue obra de un instante. Cada cual se armó de cuchillo con ánimo de darse vida regalada. Normand, con las mangas de la camisa arremangadas, preparaba una cecina de carne que luego echó al fuego a cocinar. Los semblantes se mostraban satisfechos y risueños, pudiendo decirse que aquello semejava una fiesta que hasta la Naturaleza parecía sonreír al suave impulso de las brisas cadenciosas. Los más listos en achaques culinarios estaban ya aplacando sus hambres atrasadas con tan suculento manjar. Sentado sobre un añoso tronco yacía Normand, el primero de los gastrónomos, engullendo a más no poder un trozo de carne a medio asar. De repente aparece en la orilla del monte una larga caravana de blancos que conducía por delante varios indígenas maniatados. El fiero capataz, con altanera insolencia, retiró el sustancioso plato y exasperado por el furor salió al encuentro de los recién llegados. Entre los prisioneros reconoció a algunos que desde hacía mucho tiempo se encontraban prófugos, los cuales, sin haber sido interpelados, fueron decapitados instantáneamente incinerando luego sus cadáveres.

Yo, muchacho de diez y seis años, sobrecogido por el terror, creí volverme loco en presencia de aquella masacre, y con la mente extraviada, ahogando los sollozos, apenas recuerdo que caí desfallecido sobre la hamaca que me sirviera de lecho.

Al clarear un nuevo día se acercó Normand a increparme con dureza por mi pusilanimidad, diciéndome que yo era un cobarde

de quien nada podía esperarse; que estaba perjudicando lastimosamente a la Casa Arana [...]. En seguida me habló de historia antigua, contándome episodios espeluznantes verificados en épocas en que la civilización se hallaba aún en estado embrionario; me dijo que en esas edades pretéritas el hombre había devorado al hombre para no sucumbir devorado por el hambre; que en muchos países había sido tan lícito el negocio de carne humana, que en los estantes de las tiendas de abarrotes se exhibía sin ningún escrúpulo vendiéndola a precios fabulosos!²³

Luego, a la vuelta de página, Gómez (1933: 86) termina el cuadro, haciendo una recapitulación que bien pudiera ser la de Marlow sobre el Kurtz que encuentra río Congo arriba; ese mismo que se ha desprendido de la civilización y que define el modelo mítico que propone Obeyesekere:

El cerebro de Normand [escribe] era como un volcán en constante actividad, de cuyo fondo lóbrego fluían ideas siniestras que ponía en inmediata ejecución en su loco afán de exterminar a los indios: se dijera de él, con sobra de razón, que era una hidra de aspecto feroz, alimentada del inmundo veneno que depositara en su corazón el espíritu del mal.

El mal; el horror... Algo similar experimenta Roger Casement (1997: 256) cuando, horas después de haberse instalado en la salita de estar de Matanzas, se encuentra por fin con Normand:

El correspondió, debo decirlo, con todo lo que había leído o pensado de él; un ser pequeño, esbelto, delgado y más bien bajo,

23 Otro hecho que comprensiblemente debió hacer que Casement viera en Normand un Kurtz, es que ambos coleccionaban los mismos trofeos humanos. Según el barbadense Clifford Quintin (Casement *et al.*, 1912: 128), el propio boliviano decapitaba con su machete a los indios rebeldes, diciendo: “Esto es en pago por los blancos que han matado”. O si no denuncia Valcárcel (1915: 97) que “exigía que le *presentasen las cabezas de las víctimas*, para convencerse que sus órdenes habían sido cumplidas” (énfasis original). Así mismo, cuando no era él quien quería ser visto como canibal, se encargaba que así fueran percibidos sus esbirros. El informe de Casement transcribe también el testimonio de Augustus Walcott, otro de los enganchados caribeños, quien sostuvo que “el Señor Normand, para atemorizar a los indios, les dijo que los negros eran canibales [...] y que si no traían el caucho, estos se los comerían” (Casement *et al.*, 1912: 118).

dígase, de 5.7 pies y con una cara en verdad la más repulsiva que yo haya visto en mi vida. [...] Era perfectamente diabólica en su crueldad y malicia. Yo sentí como si me hubieran presentado a una serpiente.²⁴

Compárese esto con la confesión personal que Conrad (2002: 27) puso en boca de Marlow, respectiva a sus sueños adolescentes de viajar hacia el corazón africano:

[E]specialmente había [...] un río grande y poderoso que se podía ver en el mapa, parecido a una inmensa serpiente desenroscada, con su cabeza en el mar, su cuerpo en reposo curvándose a través de un extenso país y su cola perdida en las profundidades del continente. Y cuando miraba el mapa en un escaparate me hipnotizaba como una serpiente a un pájaro, a un pobre pajarito incauto. [...] La serpiente me había hechizado.

En el caso de Marlow/Conrad, la serpiente es un símil del tenebroso río Congo, el cual es a su vez simbolizado por el “pequeño” Kurtz²⁵. En el caso de Roger Casement —quien de seguro en 1910 había leído y probablemente releído *El corazón de las tinieblas*²⁶— la serpiente es el

24 Que alguien de 5.7 pies —casi 174 centímetros— de estatura le pareciera “más bien bajo” [*quite short*] a Casement, no solo da cuenta de la excepcional altura del cónsul, atestiguada en muchas fotografías, sino también de su abierto prejuicio. Un metro con setenta y algo de seguro estaba muy por encima de la estatura masculina promedio de entonces, bien fuera en Bolivia, Perú, Colombia, o incluso Gran Bretaña (véase Baten, s. f.).

25 “Kurtz, Kurtz, eso significa corto en alemán ¿no? Pues bien, el nombre era tan verdadero como todo lo demás en su vida [...] y en su muerte. Aparentaba medir por lo menos siete pies” (Conrad, 2002: 111).

26 La manera en que la lectura del texto de Conrad pudo haber influido en Casement, y no solamente en su excursión putumayense, sino también en la preparación de su célebre y devastador informe de 1903 sobre otras atrocidades caucheras, aquellas perpetradas por los agentes belgas del rey Leopoldo II en el Congo, es un punto que al parecer no ha sido mayormente atendido por los biógrafos del patriota irlandés. Lo máximo que hemos encontrado es la afirmación de Mitchell (2003: 33) de que ya para 1904 Casement había efectivamente leído *El corazón de las tinieblas* y le había gustado. Como sea, el recuento del *Amazon Journal* deja claros los comprensibles paralelos que Casement (1997: 280) hizo entre el Congo y el Putumayo, y más aún entre el mismo rey de los belgas y Normand. “Pero —escribe sobre este último— esta hiena es un pobre Leopoldo” (sobre el informe del Congo y su contexto, véase la magnífica edición de Ó Síocháin & O’Sullivan, 2003).

Diablo mismo, aquel quien preside el “Paraíso” de la muerte, *The Devil’s Paradise*, paradójico sobrenombre con el que vino a conocerse el Putumayo desde que hicieron eco en la prensa londinense las denuncias del estadounidense Walter Hardenburg ante la revista *The Truth*, en 1907²⁷. Cada vez nos alejamos más del Normand “histórico”, y las percepciones que de él recibimos son progresivamente simbólicas. Pero lo importante es que no estamos hablando acá de valoraciones o testimonios posteriores a su época. Todo lo contrario: así era visto por sus contemporáneos. Y más significativo aún: *así quería ser visto*.

Y es que, como lo argumenta Obeyesekere para el caso del capitán Cook en su postrera expedición a Hawai, cuando aventura que este fue quien empezó a creer que *realmente* era un dios para los nativos (en contraposición a la conocida hipótesis de Marshall Sahlins de que los hawaianos vieron en Cook al dios Lono y, en consecuencia, lo sacrificaron conforme a la prescripción ritual²⁸), el modelo mítico de Kurtz no implica otra cosa que la deificación de sí mismo por parte del hombre blanco cuando entra en contacto con el mundo salvaje.

En 1902, Joseph Conrad (1988: 209) escribía a Henry-Durand Davray que *El corazón de las tinieblas* era “Una historia loca en el Congo belga, sobre un reportero que se convierte en administrador de una estación en el interior y se hace adorar por una tribu salvaje”²⁹. La raíz de

27 No sobra anotar al paso un hecho revelador. Tal parece que, cuando por primera vez se cuestionó seriamente la autenticidad de los *Black Diaries* de Casement en los años treinta (véase la nota 4 de este artículo), se dijo que el cónsul había traído consigo a Europa el diario íntimo de Armando Normand, y que de este, justamente, se habían extraído los pasajes más escandalosos que luego hallaron cabida en los diarios espurios. La teoría no se sostiene, pero sí la idea de que Normand era, para sus contemporáneos, un ser verdaderamente diabólico, a la vez capaz de mantener un gineceo forzado de indias púberes y correr una maratón homosexual (cfr. Inglis, 1973: 378). Mc Cormack (2002) llama a este procedimiento apologético la “defensa Normand” (“*the Normand Defence*”) y escribe del supuesto diario del cauchero que este «inubicable documento puede ser comparado con los evangelios perdidos o apócrifos que se encuentran justo afuera del canon cristiano. Así, mientras los estudiosos postulan la existencia de Q (una fuente evangélica perdida para Mateo y Lucas) o debaten la pertinencia teológica de los escritos esenios, los “casementalistas” se sirven del infame texto de Normand [*Normand’s Black text*] como un medio para redimir a Roger» (p. 4).

28 He intentado analizar las repercusiones y paradojas de esta polémica en otro lugar (Páramo, en prensa).

29 Es así como, cuando Marlow lee el documento preparado por Kurtz para la Sociedad Internacional para la Supresión de las Costumbres Salvajes, encuentra

ello era, para Conrad, la soledad. En Conrad (2002: 121-122), Marlow dice de Kurtz que

[E]l hechizo, el pesado y mudo hechizo de la selva [...] parecía atraerle hacia su despiadado seno despertando en él instintos brutales y olvidados, trayéndole a la memoria pasiones monstruosas y satisfechas. Sólo esto, estaba convencido, le había llevado al borde del bosque, a la maleza, hacia el resplandor de fuegos, el latido de tambores, el zumbido de conjuros extraños; sólo esto había conducido a su alma inmortal más allá de los confines de las aspiraciones permitidas. [...] [S]u alma estaba loca. Al encontrarse sola en la selva había mirado dentro de sí misma y, ¡santo cielo!, os lo aseguro, se había vuelto loca.

Lo mismo, en otras palabras, dice José Eustasio Rivera (1998: 297) cuando exclama, en primera persona y al comienzo de la segunda parte de *La vorágine*:

Esta selva sádica y virgen procura al ánimo las alucinaciones del peligro próximo. El vegetal es un ser sensible cuya psicología desconocemos. En estas soledades, cuando nos habla, sólo entiende su idioma el presentimiento. Bajo su poder, los nervios del hombre se convierten en haz de cuerdas, distendidas hacia el asalto, hacia la traición, hacia la asechanza. Los sentidos humanos equivocan sus facultades; el ojo siente, la espalda ve, la nariz explora, las piernas calculan y la sangre clama: ¡Huyamos, huyamos!

Conforme a esta idea, los hombres blancos que arriban a la selva sucumben ante sus propios miedos³⁰. En Valcárcel (1915: 355-357) se lee

«el argumento de que nosotros, los blancos, desde el nivel de desarrollo que hemos alcanzado “tenemos, necesariamente, que parecerles (a los salvajes) seres sobrenaturales; nos acercamos a ellos con el mismo poder que una deidad”» (Conrad, 2002: 95).

- 30 Este *locus classicus* occidental se encuentra, para no ir más lejos, en dos textos de obligada referencia con respecto al Caquetá-Putumayo y el conflicto colombo-peruano. En su *Memorandum de viaje* de 1905, Joaquín Rocha (1932: 19) anota que “En el Territorio del Caquetá [...] el hombre en perpetuo contacto con esa naturaleza salvaje, llega a ser tan salvaje como ella, y lejos de las sanciones morales y sociales, cede al imperio de sus pasiones, las cuales se hacen tan formidables en su desborde como aquella en sus energías de muerte y exterminio”. Y Luis Eduardo Nieto Caballero (1933: 172-173) comenta en su *Vuelo al Amazonas*: “[...] el mayor

que sobre los empleados de la Casa Arana, el juez Rómulo Paredes, investigador original de las atrocidades, decía que

Eran unos verdaderos dictadores sin moral y sin Dios. [...]. Verdaderos autócratas, sentenciaban a muerte con la mayor sangre fría; y orden dada era orden cumplida. [...]. Hasta el medio en que vivían, medio de alejamiento y soledad, parece que contribuyó a irritar más sus pasiones induciéndoles al refinamiento y al crimen [...]. Estaban enfermos de imaginación, y veían por todas partes ataques de los indios, conjuraciones, traiciones, sublevaciones, etc.; y para salvar de esos cataclismos fantásticos, para defenderse y no sucumbir, mataban y mataban sin compasión indias enteras, inocentes, ajenas a toda idea libertaria y de venganza [...].

Pero fue también el mismo Juez Paredes quien relató cómo, durante un encuentro con los indios de la sección de Entre Ríos, estos “comenzaron a mirarme con evidente curiosidad. Sus ojos, llenos de terror y admiración, fijos en mí, examinándome de arriba abajo. Me estaban tomando la medida, porque les parecía algo semejante a un dios” (en Pineda Camacho, 2000: 137). Armando Normand de seguro pensaba lo mismo. Tanto así que parece haber llegado al punto de asumir sus actos terroríficos como sacrificios rituales. Dice una noticia del *Jornal do Comercio* de Manaos, fechada el 14 de septiembre de 1907, que a unos niños colombianos los hombres dirigidos por Normand “les cortaron las cabezas y después las colocaron en los hoyos que se habían hecho para soportar los palos de la casa” (en Olarte Camacho, 1932: 26)³¹. Según un documento oficial (en Larrabure i Correa, 1906: 331), por la misma época, Estanislao Castañeda, subprefecto de Ucayali, afirmaba que

peligro en las vastas soledades [...] no es el de la fiebre, ni el de los animales carniceros, ni el de las serpientes, ni el de las hormigas, ni el de los ríos, ni el de las exhalaciones pútridas y venenosas, sino la disminución moral, la reducción de la conciencia, la bestialización del individuo, que primero en labor de defensa, luego de venganza y a la postre de conquista, va sufriendo sin sentirlo el endurecimiento del corazón, la pérdida de los sentimientos humanitarios, la desaparición de cuanto lo ligaba a una ética de pueblo organizado. Poco a poco el hombre, aislado, pero cercado por fuerzas y por individuos hostiles, se va convirtiendo en malhechor. Y de ladrón pasa a asesino”.

31 Otra narración del mismo incidente se encuentra en la página 142.

[...] casi no puede distinguirse quienes serán salvajes, si los infieles que se defienden de los ataques de los llamados caucheros ó estos que con conocimiento de sus deberes, hacen correrías de sus semejantes, matando á unos i esclavizando á otros para venderlos por vil precio.

Pero lo cierto es que la distinción era clara para los propios caucheros, para Arana, Normand y compañía, así como para Kurtz. Por eso cuando a este último Marlow le pregunta si “¿Sabe usted lo que está haciendo?”, la respuesta es inmediata y contundente: “Perfectamente” (Conrad, 2002: 120). O tenemos a un Armando Normand que para desespero de Casement (1997: 265) es capaz de comportarse de manera así de errática:

Al anochecer, en la cena, tuvimos una buena farsa. Tizón [empleado de la Casa Arana que acompañaba al cónsul] dijo que ni ‘Andokes’ ni ‘Lincoln’, los dos muchachos locales que había traído con él, estaban ansiosos de permanecer en su propio territorio. Les había preguntado si no les gustaría quedarse en Matanzas y estar cerca de su gente, y los dos habían protestado. Normand se portó a la altura.

“Eso es lo que me gusta oír”, dijo. “Significa que la civilización está haciendo su trabajo”.

“Esto casi me atora”, le dije en voz alta a Barnes [otro acompañante de la comisión] y puse un pedazo de pan en mi boca. Todos quedamos sin decir palabra por un minuto, y me daba susto que la risa me fuera a delatar.

Sin embargo, tenemos derecho a preguntarnos si Normand no hablaba en serio. Al menos tan en serio como lo hacía Julio César Arana, quien durante su juicio en Londres, en 1913, parece haber demostrado una genuina indignación ante la acusación de haber sido autor intelectual o cuando menos, cómplice del exterminio masivo de la población indígena (Pineda Camacho, 2003: 14-15)³². Si bien es

32 El proceso adelantado a Arana y su empresa —la Peruvian Amazon Company, sita en Londres con capital y junta directiva británicos— no tenía, en cualquier caso, jurisdicción para incriminarle en persona. Por lo mismo, es notorio que el barón cauchero hubiera no solo viajado a Londres a presentarse públicamente ante el

cierto que nada de lo que sabemos del riojano demuestra que tuviera una crueldad siquiera próxima a la de Normand, muy probablemente cada uno a su manera, y de común acuerdo, se veía a sí mismo como un civilizador³³. Esto transluce en el copioso caudal de defensas de los caucheros preparado en la misma época por Carlos Rey de Castro³⁴, diplomático peruano simpatizante (si no asalariado) de Arana, e incluso en el *Memorial presentado por el gerente de la “Peruvian Amazon” Víctor Macedo y por los jefes de sección a la Prefectura de Loreto* (en Valcárcel, 1915: 381-382), en una fecha tan temprana como 1907, de cara a las acusaciones de Saldaña Rocca en sus periódicos *La Sanción* y *La Felpa*, y en el cual se lee lo siguiente:

Esta empresa no sólo por humanidad, sino hasta por conveniencia, ha tratado siempre y hace tratar a los indios con *consideración y cariño*. No deja de recomendar por carta, y cuando puede hacerlo verbalmente, a sus administradores de *secciones*, que no agiten mucho a los indios para el trabajo, y que éste les sea siempre bien remunerado. Y no puede ser de otra manera desde que la empresa se preocupa por la conservación del indio, no sólo bajo el punto de vista de su salud, invirtiendo en medicinas fuertes sumas de dinero, sino fomentándoles también su aproximación a los civilizados, mediante el buen trato y la equidad en todo [...].

Comité Selecto dispuesto por el Parlamento para inquirir sobre la participación de súbditos imperiales (v. g. los barbadenses) en las atrocidades del Putumayo, sino que haya tenido un incuestionable aplomo para afrontar la sorna e indisposición de sus acusadores (cfr. Lagos, 2005: 338-347). Ciertamente, pudiera tratarse de cinismo o, todavía más creíble, de un acto desesperado por mantener la confianza de sus inversionistas y síndicos. Empero, lo más probable es que Arana hubiera genuinamente creído que su honra estaba en juego, y que nunca hubiera terminado de entender por qué se ponía en entredicho su papel como civilizador. De lo que sí estaba seguro, era que había un complot imperial en su contra (esto último, digámoslo de paso, también es posible que influyera, ciertamente). Como lo afirma Roberto Pineda Camacho (2003: 13): “Quizás sea atrevido decir que Arana era un hombre malo; malo era sin duda el sistema que atrapó a unos y otros en una verdadera Vorágine y que dividió el campo entre victimarios y víctimas, incluso en un momento más allá de las intenciones de los hombres”.

33 Solo bajo la presión del Comité Selecto, Arana vino a reconocer —de seguro a regañadientes— que “Normand no procedió correctamente; que antes fue considerado como un hombre intachable; pero que al presente tenía la convicción que en muchos casos procedió Normand mirando sólo sus propios intereses” (Valcárcel, 1915: 106-107).

34 Sobre estas defensas, véase Rey de Castro & Larrabure y Correa, (2005).

No fatigaremos más la atención de Useñoría, insistiendo sobre la falsedad de las imputaciones al señor Armando Normand... [L]a educación del joven Normand recibida en Londres, el nombre immaculado de su familia, bastante conocida en la capital y en el sur de la República, [...] todo esto nos parece bastante para que Useñoría y en general las personas sensatas de Iquitos no presten su asentimiento a ninguna de las groseras calumnias con que nos obsequian “La Sanción” y “la Felpa”.³⁵

Normand, de hecho, fue uno de los firmantes de este documento. Se trataba, pues, de alguien que no veía contradicción alguna entre los valores de su educación metropolitana —entre ser, por ejemplo, “muy amante de la literatura y como tal amigo de borrar cuartillas que con frecuencia enviaba a periódicos londinenses y limeños”, si hemos de creer en el testimonio, antes citado, de Ricardo A. Gómez (1933)— y asesinar indios “de cinco en cinco cada día”, como lo aseveraba otra denuncia. Casement (1997: 289) sí percibía una disonancia enorme, pero de una manera que no dejaba de resultar paradójica. Algunos días después de la incómoda velada en Matanzas, escribía desde la estación de Entre Ríos, a donde al poco tiempo de llegar le habían secundado Normand y su harén:

Normand permaneció toda la noche y su expresión cruel terminó alterando toda nuestra ecuanimidad. Es una cara perfectamente atroz —pero, sin duda, el bruto tiene coraje, un coraje horroroso y temible, perseverancia y, a la vez, una mente astuta—. Es el más hábil de todos los truhanes que hemos conocido y me atrevería a afirmar que es el más peligroso. El resto estaba compuesto, fundamentalmente, por maníacos asesinos, o por hombres rudos, crueles e ignorantes como [Augusto] Jiménez [empleado de

35 [El énfasis es del original]. Si es cierto que la familia de Normand era para entonces “bastante conocida en la capital y en el sur de la República”, puede que el “joven Normand” no tuviera relación con el homónimo que mencionamos en la nota 16, aun cuando el crimen que a éste se le imputa pueda haber sido perpetrado o judicializado después de 1907. Por otra parte, resulta muy elocuente sobre los intereses de Normand que en su entrevista de 1913 no hiciera una sola referencia a las denuncias de Saldaña, y que por lo mismo del año 1907 solo anotara que hubo una epidemia de fiebre.

la sección Abisinia] —mitad sirviente, cholo mal educado³⁶. Este, en cambio, es un hombre educado que ha vivido mucho tiempo en Londres, conoce el significado de sus crímenes y a lo que equivalen en el mundo civilizado.³⁷

Es decir, en esencia Casement compartía con Normand los mismos valores con respecto a qué era la civilización y dónde se ubicaba, independientemente de que estimara que aquel fuera un truhán y de que, curiosamente, al menos de acuerdo con el aparte anterior, su crianza y astucia lo distinguieran de los demás “maníacos asesinos”, todos ellos mestizos. Bien puede ser, entonces, que la obsesión del cónsul por el boliviano —el que hubiera sucumbido ante su fascinación serpentina— derivara justamente de que veía en él un reflejo de sí mismo: Normand era otro sujeto colonial formado en los valores de la metrópoli y como él, en su juventud, contador y obsecuente funcionario de una gran empresa esclavista. (Casement había ejercido esa profesión, u otra en esas líneas, durante más de diez años, siempre al servicio de compañías activamente involucradas en la expoliación africana³⁸). De ser así, una figura como la del Kurtz de Conrad podía mediar eficazmente entre su experiencia y la de su antagonista, máxime cuando por la misma época que aparecía *El corazón de las tinieblas*, Normand era contratado por Arana para enganchar el contingente de barbadianos que sembraría el terror en el Putumayo. En otras palabras, cuando Casement encontró a Normand (de quien de seguro, al igual que Marlow, había escuchado miríadas de historias antes de

36 De manera igualmente irónica y significativa, la descripción hecha por Casement (1997: 221) de la fisonomía de Jiménez contrasta marcadamente con la que hizo en varias ocasiones de Normand. Del primero se limitó a escribir que “Su cara no es tan mala: es la de un rufián robusto y más bien afable, fuerte, saludable, pardo y corajudo, con un cuerpo musculoso, forzado y macizo. Parece tener menos de 30 años”. ¡Y eso que pocas líneas antes lo ha llamado “triple asesino”!

37 La traducción de este aparte la he tomado *verbatim* de Lagos (2005: 287).

38 En 1890, Casement fue calificado por sus patrones de la Société Anonyme Belge como “un agent exceptionnel” (Bryant, 2007: 9; Ó Siochaín, 2007: 42), justo por la época en que a Marlow le describieron a Kurtz como “un agente de primera clase” (Conrad, 2002: 43). Veintiún años más tarde, un médico que pasó por el Putumayo reportó que para la Peruvian Amazon “Normand era un empleado modelo” (en Valcárcel, 1915: 107).

encontrarlo en persona), el arquetipo o “modelo mítico” de Kurtz le sirvió para encuadrar su interpretación del director de Matanzas.

Puede que resulte imposible demostrar esta esquematización de Normand³⁹, pero en cambio es fácil darse cuenta que la manera en que Casement alude a este cauchero es hartamente distinta a como lo hace con respecto a los demás agentes de Arana. Con Normand el asunto es personal⁴⁰. Desde antes de conocerlo, manifiesta tenerle miedo: “ir a Matanzas sería una locura”, escribe el 5 de octubre (Casement, 1997: 173). Diecisiete días después, el estado de ánimo no puede ser más elocuente: “estoy jugando con el Diablo” (p. 290). Normand debe haberse dado cuenta de la situación y debe haberla manipulado para sus propios fines. Lo persigue. Lo marca. No se le despegas y, entre más disgusto manifiesta el cónsul, más redobla sus atenciones y alegatos de hallarse preocupado por no darle una impresión correcta⁴¹. Al final, la provocación es mayúscula. El 30 de octubre Casement escribe desde La Chorrera que, antes de partir, Normand le ha buscado en sus aposentos para despedirse efusivamente y manifestarle que habrá de hacerle un obsequio en forma de un muchacho andoque. Para el investigador, el ofrecimiento «revela inocentemente —si es que esa palabra puede ser aplicada a tal hombre— la actitud de estos rufianes hacia los indios. “Un hombre de regalo”, ¡qué tal!» (p. 332). Pero no obstante, la

39 Gombrich (1979: 90) escribe sobre cómo operan los esquemas, que “el punto de partida de una anotación visual no es el conocimiento sino la conjetura condicionada por la costumbre y la tradición”. O sea, el esquema hace las veces de una prefiguración o, de nuevo, de un arquetipo que condiciona las posibilidades de percepción con arreglo a un modelo previo, el cual es progresivamente “corregido” para adaptarlo bien sea a las nuevas circunstancias o acercarlo al original. En este caso, Casement habría corregido la figura de Normand para acomodarla a la de Kurtz.

40 Normand se hizo tan conspicuo a través de los escritos de Casement, que a poco de aparecer en 1912 el *Putumayo Blue Book* con el informe del cónsul y otra documentación diplomática, el periodista Henry Wood Nevison escribió un artículo satírico en el que proponía sustituir los safaris africanos por excursiones deportivas al Amazonas “para cazar a Normand y los demás” (en Reid, 1976: 140). Por su parte, el conde Hans Coudenhove, a quien Casement había conocido treinta años antes en la colonia portuguesa de Lourenço Marques (hoy en día Maputo, en el moderno Mozambique), le contó en una carta que “como todo el mundo, él estaba desesperado por poner sus manos encima de Armando Normand” (p. 170).

41 En *La vorágine*, Narciso Barrera procede de manera similar con Arturo Cova. Siempre parece haber algo implícitamente demoníaco en el hecho de que alguien mantenga su compostura y —al menos en el caso de Barrera— su inmaculada pulcritud en la selva.

indignación, Normand sabía de seguro cuán equívoca era la actitud y la consecuente respuesta del irlandés. Pues unos párrafos más abajo (p. 334) en su recuento *del mismo día*, este anotaba:

Hoy vi a un muchacho que tenía una espléndida figura; un joven bora en una de las lanchas. Me gustaría llevarlo a él, o alguno parecido, a donde [el misionero y escultor] Herbert Ward, en París. Es una buena idea, ¿por qué no hacerlo? [...] Este mundo indígena de Suramérica es desconocido en Europa. H. W. podría ayudar materialmente, esculpiendo en bronce el desnudo de un “indio del Putumayo”.

Angus Mitchell comenta, probablemente con razón, que en esta entrada Casement comienza a demostrar un viraje importante en su misión, la cual pasa de ser meramente una investigación sobre la participación de súbditos y capitales británicos en los crímenes de la Casa Arana, a estructurar una campaña en los dos años siguientes, orientada a “elevar la conciencia pública sobre la apremiante situación de los indios amazónicos” (2003: 336, n. 231). Pero aun así, los medios que contempla aquí y el razonamiento que los concibe son en el fondo muy similares a los de cualquier agente colonial, por cierto, a los de Armando Normand. Pues a fin de cuentas, cuando Casement partió el 16 de noviembre de 1910 desde La Chorrera hacia Iquitos, a bordo de *El Liberal* —el vapor insignia de Arana, de siniestro recuerdo—, iba con dos aborígenes para llevarlos consigo a Europa, Omarino y Arédomi, el uno comprado, el otro ganado en un juego de cartas. Casement aseguró que en ambos casos su objetivo premeditado había sido el de liberar a los indios de su esclavitud comoquiera, que si bien denunció con frecuencia y resolución el aberrante mecanismo del *endeude*, nunca cuestionó su validez intrínseca y, por ende, nunca estimó posible la disolución *de facto* del pretendido vínculo contractual. Evidentemente, pensaba que se trataba de seres cuyo destino, por su propio bien, habría de ser dictado por alguien más⁴². Aun cuando dejáramos de

42 No es claro si alguno de los dos indígenas era aquel que había visto días antes en el puerto de La Chorrera. En cualquier caso, de Arédomi —a quien no le permitió ir acompañado de su esposa (Casement, 1997: 394)— escribió que poseía una “espléndida figura de bronce” y cómo su amigo en Europa habría de disfrutar retratándolo.

lado la posibilidad, por polémica y falta de pruebas incorruptas, de que el cónsul experimentara una atracción erótica por ambos nativos, el hecho revela que Normand se había pintado un cuadro bastante acertado de quién era su némesis. La oferta de un indio erraba en procedimiento, no en principio. Cuando se despidieron ese 30 de octubre en La Chorrera, para nunca volverse a ver, puede que Normand se hubiera ido convencido (y satisfecho de estarlo) de que con un poco más de tiempo Casement podía convertirse en otro “monstruo absoluto”. Y que al igual que Kurtz, a Casement la selva —primero congoleña, luego amazónica— “le había susurrado cosas acerca de sí mismo [de su cordura, de su identidad política, de su sexualidad] que desconocía, cosas de las que no tenía idea hasta que no oyó el consejo de esa enorme soledad” (Conrad, 2002: 108).

Tres años después, desde la cárcel, Normand hacía una remem-branza de Casement que perfectamente hubiera podido ser la de alguno de aquellos despreciables “peregrinos” que describía *El cora-zón de las tinieblas*. En MacQueen (1913: 945-946) se lee:

[...] Sir Roger Casement hizo su visita a Matanzas [durante] cuatro o cinco días. No sé de dónde habrá obtenido su título de Sir, pues yo reconozco un caballero inglés cuando lo veo, pero Casement definitivamente no era uno de ellos. El señor Tizón de la Casa Arana estaba con él, y había otros varios blancos en la comitiva. La única evidencia que vi de procedimiento judicial fue a [...] Casement llevándose a dos de mis barbadianos a un cuarto, uno a la vez, e intimidándolos durante varias horas. Sé que los coaccionó a elevar cargos falsos en mi contra, pues mientras estaban dentro del cuarto yo escuchaba con frecuencia su voz alzándose en un tono amedrentador, y una vez lo escuché decir “cárcel”. [...] [Luego,] se llevó a los barbadianos consigo. ¿Por qué no tomó su testimonio ante mí en Matanzas, o ante algún otro testigo en la estación? Fui condenado por el testimonio de unos negros barbadianos tomado a puerta cerrada. ¡Valiente justicia!

Luego Sir Roger [...] quería que le prestara cuarenta indios para que le llevaran su equipaje de vuelta a La Chorrera. Le dije que mis indios estaban cansados y que dentro de uno o dos días habrían de llevar una buena carga de caucho [...]. Entonces yo tendrí-a unos 220 hombres. Él se fue poniendo bravo y yo también me

fui poniendo bravo. Le dije al señor Tizón que la Compañía bien podía despedirme, pero que no veía razón alguna por la que yo debiera agobiar a mis indios con el equipaje del inglés, con su buena dotación de botellas de whisky. ¡De cuántos asesinatos se me habrá acusado en castigo por mi franqueza! Pero Sir Roger se quedó sin mis indios para sus maletas. [...] [H]aberme negado marcó mi destino [...].

Pero el destino parece haberle sido más favorable al impúdico agente que al celoso cónsul. Aunque muy poco de lo alegado parece creíble, Normand supo ubicar a su antagonista en el incómodo nicho de la intromisión foránea y mostrarle, como practicante de un método de extraer confesiones, que era ciertamente heterodoxo; método que por lo demás se ratifica tanto en los diarios de Casement como en su informe ante el Parlamento. Aunque, al igual que otros tantos genocidas, Normand jugó a ser la víctima y no el victimario, el punto era ciertamente sensible con respecto al afán de Casement por obtener las pruebas incriminatorias. Y parecía intuir, una vez más, el lado oscuro del prohombre; uno que poco tiempo después también hizo evidente Joseph Conrad al emitir un juicio desolador sobre su antiguo amigo: Casement “era toda emoción. [...] Una criatura de puro temperamento, una personalidad verdaderamente trágica, a la que solo le faltaba la grandeza. Solo vanidad”⁴³. Así, en una ironía suprema, el creador de Kurtz y su personificación suramericana se encontraban en su opinión de que Casement era un epígono del arquetipo conradiano. Y con más saña aún, la ironía se hizo todavía más evidente cuando Casement pasó de interrogador a interrogado.

Al cabo de su regreso a Europa, Casement terminó de consagrarse a la causa de la liberación nacional; en algunos artículos de prensa incluso llegó a hacer referencia al “Putumayo irlandés” (Inglis, 1973: 224). Como es bien sabido, al estallar la Gran Guerra se jugó su suerte

43 “[H]e was all emotion... A creature of sheer temperament —a truly tragic personality: all but the greatness of which he had not a trace. Only vanity”, escribía Conrad al abogado John Quinn, en mayo de 1916. (Aquí seguimos la traducción de Hernando Valencia Goelkel en Taussig [2002: 40]). A Conrad se le ha juzgado duramente, con algo de razón, por su postrer repudio al patriota irlandés, justo cuando se hallaba él mismo inmiscuido en una probable relación amorosa con una espía alemana (véase Bradley, 2003: 210).

por el enemigo. El 3 de agosto de 1916 fue ahorcado como traidor al imperio en la prisión de Pentonville, en Londres, luego de que se le hubiera capturado mientras desembarcaba de un U-19 alemán en las costas de Kerry. Sin embargo, para entonces hacía ya tiempo que se decía que el patriota había perdido el juicio. Que su irritabilidad le había hecho cada vez más proclive a la violencia. Alguien que lo conoció luego de su travesía amazónica se refirió a Casement como “un Etna que vomitaba la más devastadora lava de insultos” (p. 240), punzante aserto si lo contraponemos a la descripción de Normand como “un volcán en constante actividad”. Otro testimonio aseveraba que el diario que Casement mantuvo en Alemania, mientras preparaba su malograda incursión en Irlanda, “revela hasta qué punto su mente se había vuelto desequilibrada por los horrores del Putumayo” (Mc Cormack, 2002: 101). Todavía más, está lo escrito por Herbert Spencer Dickey (1929), el explorador estadounidense que en sus interesantísimas memorias sobre el Caribe y la Amazonia colombianos describió al cónsul, a quien conoció y con quien trabó amistad, como “ligeramente desequilibrado” (Dickey, 1929: 156) y, páginas después, como “definitivamente enloquecido” (p. 197).

¿Qué hubiera pasado, entonces, si por ventura Roger Casement se hubiera quedado más tiempo en los predios de la Casa Arana? Pareciera como si la respuesta la hubiera anticipado Armando Normand a la luz de su propia experiencia. Si fue así, el juego de espejos reflejó, como tantas otras veces, el dilema de Occidente en la selva. Casement se vio en Normand, Normand se vio en Casement, cada uno vio a Kurtz en el otro, y hasta puede que ambos se hayan visto en Kurtz. Pues si bien es cierto que la traducción al castellano de la novela de Conrad no vio la luz sino hasta 1925 (un año después de que *La vorágine* apareciera, dicho sea de paso), Normand bien podía haber leído el original en inglés. Y aunque no hubiera sido tal cual, Mc Cormack (2002: 187) hace una inferencia interesante: como se recordará, el boliviano tenía recortes del *Graphic* en su barraca alusivos a la guerra ruso-japonesa de 1904. Si esta edición “en cuestión era la del 20 de febrero de 1904, entonces Normand habría leído del reporte del Congo adelantado por Casement y de las mutilaciones que habrían ido de la mano con la producción cauchera de Leopoldo II”. Lo cual es tanto como insinuar que, a falta de Kurtz, el propio Casement lo hubiera

podido inspirar en sus crímenes⁴⁴. Pero para esto se necesitaba igual a la selva y el susurro de “cosas acerca de sí mismo que desconocía”, como le pasó a su perseguidor. Además, tenía sentido que Casement hubiera muerto con su vida igualmente marcada por la infamia, en un sórdido capítulo de la Primera Guerra Mundial. En esta conflagración, los temas previamente tratados por Conrad, Normand y Casement, cada uno a su manera, hallaron una acogida casi planetaria. El soldado Louis Mairet hablaba por todos ellos cuando, desde su trinchera próxima a Ypres, reaccionaba así frente al primer uso del gas clorhídrico por los alemanes, el 22 de abril de 1915: “Será a través del salvajismo que habremos de derrotar a los salvajes” (Eksteins, 2000: 237).



No bien se ajustició a Casement, su figura ingresó a la “cámara de los horrores” del museo de cera de Madame Tussaud, al lado de rufianes y asesinos célebres (Reid, 1976: xiii). Para los ímpetus de la época, el revolucionario feniano era de seguro más espantoso y execrable que el torturador boliviano de *El Paraíso del Diablo*. Pero además, Normand

44 Norman Sherry (2005: 34) hace una reflexión llamativa sobre el desenlace del encuentro entre Conrad y Casement en Matadi: es interesante que este último no aparezca en *El corazón de las tinieblas*, “aun cuando hubiera podido servir como contraste frente a los demás europeos”. Esto podría demostrar que el escepticismo del escritor polaco frente a su amigo de entonces —con respecto a su estabilidad mental y su seriedad política— hubiera estado presente mucho antes de 1916, cuando Conrad se hubiera negado a firmar la petición de clemencia por la vida de Casement que, en cambio, otros escritores y políticos de renombre endosaron alegando, entre otras cosas, la locura temporal como atenuante. O, según Sherry (2005: 35), acaso el irlandés sí halló cabida entre los personajes de la novela, pero justamente entre los más cuestionables desde el punto de vista moral: el ruso que a Marlow le recuerda un arlequín. “Si alguna vez el espíritu de aventura absolutamente puro, no calculador e idealista, ha dominado a un hombre, ese hombre era este joven remendado” (Conrad, 2002: 104). Ese “espíritu de aventura” y ese idealismo ingenuo lo habrían llevado a venerar a Kurtz a tal punto que podía excusar sus barbaridades como actos de genialidad. De seguir este tren de ideas, ¿no adivinaríamos un Casement que, con un poco más de tiempo en Matanzas, se habría podido volver un apologista de Normand? [...] O de nuevo, que hubiera transmutado en otro Kurtz. En muchas ocasiones se ha dicho que lo que opinaba Conrad en una carta sobre Casement (“¡El podía decirte cosas! Cosas que he tratado de olvidar; cosas que nunca logré conocer”) se asemeja bastante a lo que Marlow o el “Arlequín” opinaban sobre el inefable agente. Según Anthony Bradley (2003: 202), “es como si él [Casement] y Kurtz estuvieran poseídos por cierta sabiduría profunda, chocante y obscura que habría provenido de la experiencia del imperialismo, pero que habría de permanecer indecible”.

ya se había esfumado⁴⁵. Lo poco que sabemos de él, a partir de 1911, se resume en pocas líneas. Conforme su propio testimonio (MacQueen, 1913: 946), desde Matanzas viajó “a Manaos, Buenos Aires, Valparaíso y de allí a Antofagasta”, donde durante dos años se dedicó a vender sombreros de Panamá. Luego regresó a su nativa Cochabamba, donde, a pesar de haberse enterado de la orden de captura en su contra, se dedicó a “comprar y vender caballos chilenos”. En algún momento de 1913 fue aprehendido por las autoridades bolivianas y extraditado al Perú, para ser finalmente internado en Iquitos (Vavasour Noel, 1913: 745). Obviamente el lugar no podía ser más propicio para su defensa. Según el juez Paredes (en Valcárcel, 1915: 106), Normand llegó a la capital lorentana “después de un viaje más o menos cómodo, *cargado, abrumado de cartas de recomendación para las autoridades y magistrados, cartas que [...] ostentan las firmas más respetables de altos personajes de la política, del ejército, de la banca y del foro*”⁴⁶. Y no duró mucho su confinamiento. El *Annual Register* de 1915 nos informa en la página 352, dedicada al Perú, que Normand escapó con otros esbirros de Arana hacia el Brasil. Allí se perdió por completo su rastro.

Antes, en el texto o entrevista que preparó en Lima (MacQueen, 1913: 946), dejó una reflexión sobre su proceder, elocuente tanto por su frialdad como por lo que pudiera pasar por psicopatía, o bien por cinismo extremo:

No voy a negar que con frecuencia me vi forzado a poner a mis indios en el cepo por periodos cortos. ¿Qué hubieran hecho ustedes frente a hombres que no querían trabajar, hombres que robaban y mentían, hombres que al menor chance los hubieran asesinado a sangre fría? Yo trabajaba el día entero bajo la lluvia torrencial; yo sufría de escalofríos y fiebres y de mucha enfermedad. Pero yo nunca

45 Una versión indígena sobre la detención de Normand, recogida por Roberto Pineda Camacho en conversación con Fisi y Raquel Andoque, cuenta cómo el boliviano buscó eludir a sus captores, pintándose el cuerpo y uniéndose a un baile en una maloca. La historia es reveladora, pues remarca justo la transformación, incluso más que la mimetización de Normand en “salvaje”. Empero, también señala las tensiones de tal metamorfosis, pues asimismo indica que lo que distinguía al prófugo era que en vez de bastón de baile usaba una carabina. (Agradezco al profesor Pineda Camacho el haberme compartido esta maravillosa pieza de información, la cual demuestra una fina conciencia sobre la salvajización de los blancos, por parte de sus víctimas).

46 El énfasis es del original.

fui cruel con los nativos. Considerando las duras condiciones bajo las cuales vivíamos, los traté lo más generosamente que pude.

[...] Hoy ustedes me ven aquí encarcelado, pero no temo encarar a mis acusadores. Ustedes me piden que les deje publicar mi fotografía, pero ése no es mi deseo porque ahora soy tildado de criminal y el mundo no va a creer en mi palabra contra aquella de quienes falsamente me acusan. Después de mi juicio en Iquitos estaré complacido en enviarles mi retrato, pues entonces me habré vindicado en la corte y habré limpiado un nombre honorable.

Pero la foto nunca llegó.



¿Quién era Armando Normand? Casi todo lo que sabemos de él ya ha sido consignado. Lo demás es reiteración o silencio. Nunca tuvimos su imagen. No sabremos si tenía una mirada extraviada como la de Alfredo Montt, o mohína como la de Víctor Macedo, de quienes quedaron retratos, como de otros varios empleados de Arana. Tampoco sabemos qué fue de su vida. Si continuó volcando su crueldad en algún sirringal brasileño, si huyó hacia Europa u otro destino lejano, si —como tantos otros fugitivos por crímenes como los suyos— cambió de identidad y se retrajo a una vida deliberadamente callada... Si lo devoró la selva, al cabo de su escape. Por lo mismo, lo inasible de su figura y de su vida produjo un efecto paradójico: hizo arcanos sus móviles, pero igualmente les dio visos de paradigma. Normand fue el blanco que sucumbió ante la selva y buscó sobreponérsele mediante el terror; Normand fue Kurtz y pudo haber sido Casement: proverbiales modelos de una civilización que en la selva también halló tinieblas en su corazón. Luego le ocurrió lo que a Arturo Cova: terminó “vagando, como los vientos”, para extinguirse “como ellos sin dejar más que ruido y desolación”. La suya fue una vida infame arquetípica.

En un texto interesante pero equívoco, citado con excesiva frecuencia, Michel Foucault (1990: 175) quiso ver en “la vida de los hombres infames... *Exempla* que, en contraposición a lo que los eruditos recogían en el decurso de sus lecturas, son espejos que inclinan menos a servir de lecciones de meditación que a producir efectos breves cuya fuerza se acaba al instante”. Son existencias “apagadas” (p. 177), luego afirma (pp. 180-181) que son personajes (180-181)

[...] oscuros, que no estuviesen destinados a ningún tipo de gloria, que no estuviesen dotados de ninguna de esas grandezas instituidas y valoradas —nacimiento, fortuna, santidad, heroísmo o genialidad—, que perteneciesen a esos millones de existencias destinadas a no dejar rastro, que en sus desgracias, en sus pasiones, en sus amores y en sus odios hubiese un tono gris y ordinario frente a lo que generalmente se considera digno de ser narrado [...] [Vidas] que, en consecuencia, [...] hayan estado animadas por la violencia, la energía y el exceso en la maldad, la villanía, la bajeza, la obstinación y la desventura, cualidades todas que les proporcionaban a los ojos de sus conocidos, y en contraste mismo con su mediocridad, una especie de grandeza escalofriante o deplorable.

Puede que esta idea de *infamia* proceda con arreglo a su etimología —la ausencia de fama, en sentido estricto—, pero la hace inevitablemente trivial. Primero, porque “la violencia, la energía y el exceso de maldad” también granjean vidas ejemplares —Nerón, Ricardo III, Lex Luthor o el profesor Moriarty⁴⁷—, y luego, porque, de

47 Para Foucault (1990: 185), estos y otros personajes son *aparentemente* “infames a causa de los recuerdos abominables que han dejado, de las maldades que se les atribuyen, del respetuoso terror que han inspirado; son ellos los hombres de leyenda gloriosa pese a que las razones de su fama se contrapongan a las que hicieron o deberían hacer la grandeza de los hombres. Su infamia no es sino una modalidad de la universal *fama*. Pero el apóstata recoleto, las pobres almas perdidas por caminos ignotos, todos ellos son infames de pleno derecho, ya que existen gracias exclusivamente a las concisas y terribles palabras que estaban destinadas a convertirlos para siempre en seres indignos de la memoria de los hombres. El azar ha querido que fuesen esas palabras, únicamente esas lacónicas palabras, las que permaneciesen. [...] Tal es la infamia estricta, la que, por no estar mezclada ni con el escándalo ambiguo ni con una sorda admiración, no se compone de ningún tipo de gloria”. Pero esta particular forma de vindicación de la “historia desde abajo” resulta bastante paradójica. Si el autor hubiera cambiado “azar” por “destino”, inmediatamente hubiera hecho de “las pobres almas perdidas” seres de tragedia y, por tanto, modélicos. Y todavía más al punto, desconoce por igual que estos seres de seguro actuaron sobre el libreto de la cultura papeles previamente dispuestos, de villano, de fratricida, de hereje, de traidor, y que en ese sentido de seguro *interpretaron a otras vidas ejemplares, de las cuales se creyeron su reflejo* (como sucede con cualquiera de nosotros frente a eso que en inglés se llama los *roll models*), por no decir que en nuestros días su historia devino justamente en lo contrario al anonimato. ¡Cuántas figuras como la de Pierre Rivière —al igual que Mennochio a través de Carlo Ginzburg— no se han hecho famosas y referidas hasta el cansancio, gracias a la obra de Foucault!

ser en cambio incógnitas y sin relieve, nada implica que sean viles. O mejor: si se trata de vidas infames en esa acepción, lo son en cuanto síntomas del mito de la Modernidad. El anonimato aterra, máxime cuando la exaltación a sumarse a la masa demuestra ser prerequisite para el ejercicio del terror colectivo, desde la Revolución Francesa hasta la actual Darfur. En esas líneas ocurre aquello que Hanna Arendt (2005) famosamente llamó “la banalidad del mal”, a propósito del papel de los funcionarios que, como Adolf Eichmann, colaboraron con burocrática eficiencia a la aniquilación sistemática de judíos, gitanos, eslavos y otras poblaciones a merced de las fuerzas de ocupación nazis, al parecer sin experimentar mayor sentido de culpa. Eichmann —*Obersturmbannführer* a cargo del transporte que condujo a miles de personas hacia los campos de concentración y exterminio en el noreste europeo (y luego célebremente capturado en 1960, en Buenos Aires, por el servicio secreto israelí, para ser procesado y sentenciado a muerte en Jerusalén, en 1962)— era, según Arendt, “un fracasado ante sus iguales sociales, ante su familia y ante sí mismo” (p. 57).

Eichmann no era, ni mucho menos, [...] un mercenario, que quería huir a regiones en las que no se observaran los Diez Mandamientos y en las que un hombre pudiera hacer lo que quisiera. Hasta el último instante, Eichmann creyó fervientemente en el éxito, el criterio que mejor le servía para determinar lo que era la “buena sociedad”. Características de Eichmann fueron sus últimas palabras acerca de Hitler [:] (...) «Para mí, el éxito alcanzado por Hitler era razón suficiente para obedecerle». La consciencia de Eichmann quedó tranquilizada cuando vio el celo y el entusiasmo que la “buena sociedad” ponía en reaccionar tal como él reaccionaba. No tuvo Eichmann ninguna necesidad de “cerrar sus oídos a la voz de la consciencia”, tal como se dijo en el juicio, no, no tuvo tal necesidad debido, no a que no tuviera consciencia, sino a que la consciencia hablaba con voz respetable, con la voz de la respetable sociedad que le rodeaba (185 - 186). [...] Eichmann [tampoco] era un Yago ni un Macbeth, y nada pudo estar más lejos de sus intenciones que “resultar un villano”, al decir de Ricardo III. Eichmann carecía de motivos, salvo aquellos demostrados por su extraordinaria diligencia en orden a su personal progreso. Y en sí misma, tal diligencia no era criminal; Eichmann hubiera sido

absolutamente incapaz de asesinar a su superior para heredar su cargo. Para expresarlo en palabras llanas, podemos decir que Eichmann, *sencillamente, no supo jamás lo que hacía* (417-418).⁴⁸

Eichmann era otro “funcionario modelo”, como Kurtz, como Normand, como Casement, pero sin *aquello* que justamente a estos tres, y a otros muchos, los hizo transcendentales. La diferencia, si seguimos a Arendt en su caracterización, se hallaba en que mientras el primero —un genuino “infame” en el sentido foucaultiano, por lo descolorido de su persona— no tuvo inconveniente en ser un simple mediador entre un programa de exterminio meditado y *racional* y sus abstractas víctimas (ya que al parecer difícilmente si alguna vez lastimó a alguien en persona, y de que en absoluto se trataba de un antisemita siquiera doctrinario), los demás tuvieron un contacto de primera mano con la selva, eso es, con lo que para Occidente es la arquetípica frontera entre la cultura y la naturaleza, entre la civilización y la barbarie, entre la razón y la demencia. No había, en los casos de Normand, Kurtz o Casement otro ideal o indicador de éxito que el de su propio riesgo: como lo resumió Arturo Cova, “jugué mi corazón al azar y me lo ganó la Violencia”. Y esa violencia se tornaba en una razón en sí misma: ganarle la batalla a la selva mediante el recurso al terror. Pero incluso allí había deslindes dramáticos: Joseph Conrad tuvo suficientes escrúpulos como para hacer de las últimas palabras de Kurtz —las famosas “*el horror, el horror*”— un genuino acto de contrición; Casement demostró en el Putumayo *lo que pudo haber llegado a ser* y lo que de alguna manera (acaso más noble) alcanzó a ser en su temeraria aventura irlandesa; en cambio Normand encarnó a Kurtz (al menos para Casement) pero no se arrepintió. No, al menos, el Normand mitológico, el que independientemente de qué nuevas cosas llegáramos a saber de él quedó figurado como “un monstruo absoluto”, como alguien que, a diferencia de Eichmann, *sabía perfectamente lo que hacía* y no tenía reparos en hacerlo, pues lo estimaba el único camino posible para mantenerse vivo en medio del caos. Tanto, que si algo queda claro de su caso, es que, más allá de las impresionantes ganancias que, como en el caso de Kurtz, reportaba su estación, el objetivo de Normand —o, al parecer, de cualquiera

48 El énfasis es del original.

de los demás agentes en el Putumayo— no era tanto económico como existencial. Y eso que Normand era contador de oficio, formado en “los métodos modernos de administración” en la que entonces era la capital del Capital. La lucha contra la selva y sus habitantes era a muerte; los réditos, en cambio, eran transitorios. O eso pareciera, pues no de otra manera resulta posible explicar el asesinato pertinaz de la población nativa, por hambre, por cansancio, por tortura, por placer. De seguro, lo que nos enseña la experiencia del etnocidio cauchero, que cristaliza en Armando Normand en cuanto *infame paradigmático*, es cómo primó la vocación por el terror, por encima de cualquier idea de rentabilidad.

Resulta así más creíble la interpretación del hombre blanco en cuanto ser que se eleva a Dios en la selva por temor a esta, que aquella que le otorga cierta instrumentalidad económica a su ejercicio del poder en el mundo salvaje. En la segunda teoría —la de Michael Taussig— el terror no carece de cierta gratuidad causal. Se produce porque se puede producir, porque el poder lo permite, acaso porque hace posible el fetichismo de la deuda perenne entre amos y esclavos. Pero no se perciben móviles más profundos. Es decir, no resulta fácil transportar esta teoría a otras situaciones de encuentro entre Occidente y la selva que no sean aquellas directamente mediadas por el espíritu capitalista; imposible, por ejemplo, aplicarla a la interpretación de otras vida infames de frontera como las del “tirano” Aguirre o Pedrarias Dávila. A ese respecto, la teoría propuesta por Obeyesekere resulta mucho más dúctil.

Taussig (2002: 64) alude, en algún momento temprano de su texto, a la “atmósfera irreal” que produce el informe de Casement. Este “hace que las atrocidades sean menos sorprendentes que fantasmales, como mirar un mundo sumergido bajo el agua”. Por su parte, el juez Valcárcel (1915: 87-88) opinó sobre el proceso seguido a Armando Normand que:

La simple lectura de las declaraciones anteriores nos produce el efecto de un cuento fantástico; pero desgraciadamente no tenemos aquí el consuelo de sonreírnos desdeñosamente, como lo hacemos después de leer algún folletín sobre crímenes espeluznantes; pues por el contrario las otras pruebas actuadas con relación a los hechos descritos en esas declaraciones nos quitan toda esperanza de confinar al mundo de la imaginación los horrorosos crímenes realizados en la sección “Andoques”.

Aquello que hizo *infame* a Normand, que fue justo lo que impidió que el *banal* Eichmann lo fuera, fue el hecho de que sus actos en el fondo resultaron *indecibles*, como los de Kurtz⁴⁹. El suyo fue un mal *sublime*. El “terror es [...] el principio predominante de lo sublime”, escribió Edmund Burke (1995: 43) —otro perceptivo irlandés— en su clásico tratado de 1757.

Todo lo que resulta adecuado para excitar las ideas de dolor y peligro, es decir, todo lo que es de algún modo terrible, o se relaciona con objetos terribles, o actúa de manera análoga al terror, es una fuente de lo *sublime*; esto es, produce la emoción más fuerte que la mente es capaz de sentir (p. 29). [...] La pasión causada por lo grande y lo sublime en la *naturaleza*, cuando aquellas causas operan más poderosamente, es el asombro; y el asombro es aquel estado del alma, en el que todos sus movimientos se suspenden con cierto grado de horror. En este caso, la mente está tan llena de su objeto, que no puede reparar en ninguno más, ni en consecuencia razonar sobre el objeto que la absorbe. De ahí nace el gran poder de lo sublime, que, lejos de ser producido por nuestros razonamientos, los anticipa y nos arrebatada mediante una fuerza irresistible. [...] [Y] no hay pasión que robe tan determinadamente a la mente todo su poder de actuar y razonar como el *miedo* (p. 42; énfasis originales).⁵⁰

De seguro, Normand llegó a Matanzas en 1904 lleno de asombro, y el asombro condujo al miedo y el miedo al terror. Al final, él y el terror eran uno solo. También él se había internado en el “corazón de las tinieblas” para sucumbir en su vorágine. Y como no dejó imagen

49 Varias veces, en *El corazón de las tinieblas*, Conrad alude a esta idea, siempre en relación con el entorno de su personaje. Kurtz preside “ritos indecibles” (“unspeakable rites”), la selva es “una vasta tumba llena de secretos indecibles” (“a vast grave full of unspeakable secrets”), la prometida de Kurtz sufre de una “pena indecible” (“unspeakable pain”) cuando en Bruselas se entera del deceso de su amado. Aquí la traducción es mía, pues por lo general las versiones en castellano prefieren traducir la idea como “indescrutable”, que no es lo mismo en su profundidad.

50 Cfr. Eagleton (2008: 59): “Lo sublime es cualquier fuerza que resulte peligrosa, demoleadora, deslumbrante, traumática, excesiva, excitante, empequeñecedora, asombrosa, incontinente, abrumadora, ilimitada, oscura, aterradora, apasionante y ennoblecedora. Como tal, y al igual que tantos otros conceptos estéticos modernos, es, entre otras cosas, una versión secularizada de Dios”.

tras de sí, le calan muy bien estos versos con los que Burke (1995: 44) ilustró la oscuridad:

—*the other shape,*
if shape it might be called that shape had none
distinguishable in member, joint, or limb;
or substance might be called that shadow seemed;
for each seemed either; black it stood as night,
fierce as ten furies, terrible as hell;
and shook a deadly dart. what seemed his head
the likeness of a kingly crown had on.

la segunda figura, si así puede
 llamarse aquella forma que carece
 de cuerpo distinguible, de junturas
 y miembros, o si puede decirse
 que es substancia lo que parece sombra,
 pues a una y otra se asemeja,
 negra como la noche se erguía,
 feroz como diez furias y espantosa
 como el infierno, un temible venablo
 blandía; y ceñía corona real,
 en lo que aparentaba su cabeza.

La forma de Normand es igualmente elusiva, “si así puede llamarse aquella forma que carece de cuerpo distinguible”; forma sin rostro y por ello tanto más terrorífica, “feroz como diez furias”. Es la forma de un rey temible, “espantosa como el infierno”, sumida en la penumbra, “si puede decirse que es substancia lo que parece sombra”. Otra traducción, más bella pero por lo mismo más libre, dice:

Sin forma, sin materia, y existentes
 Tan sólo de algún sueño en el reposo;
 Mas, con todo, su rostro es más horrendo
 Que lo es el del Demonio más odioso,
 Más triste que la noche que cubriendo
 Está el Infierno. Al ver al extranjero
 Con un gesto feroz se alza, esgrimiendo
 Un largo dardo en la derecha mano,

De ensangrentado acero;
De una corona el simulacro vano
Ciñe a su altiva frente.

También de Normand dijo Casement que “su rostro es más horrendo que lo es del Demonio más odioso”. Y en correspondencia pudiéramos imaginarnos al boliviano esperando “al extranjero [...] con un gesto feroz [...] esgrimiendo un largo dardo en la derecha mano”. Pero aquí estos versos no pertenecen a *El paraíso del diablo* sino a *El paraíso perdido* de John Milton (1986, t. II: 666-673). Son el retrato de la Muerte.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aguirre, C. (2000). Delito, raza y cultura: el desarrollo de la criminología en el Perú (1890-1930). *Diálogos en Historia*, 2, 179-206.
- Annual R. (1916). *The Annual Register: A Review of Public Events at Home and Abroad for the Year 1915*. London: Longmans, Green & Co.
- Arendt, H. (2005 [1963]). *Eichmann en Jerusalén*. Traducción de Carlos Ribalta. Barcelona: Debolsillo.
- Baten, J. (s. f.). Global Height Trends in Industrial and Developing Countries, 1810-1984: An Overview. Recuperado el 20 de septiembre del 2007, de www.econ.upf.edu/docs/seminars/baten.pdf.
- Baum, V. (1944 [1943]). *El bosque que llora*. Traducción de León Mirlas. Buenos Aires: Sudamericana.
- Burke, E. (1995 [1757]). *De lo sublime y de lo bello*. Estudio preliminar y traducción de Menene Gras Balaguer. Barcelona: Altaya.
- Bradley, A. (2003). Hearts of Darkness: Conrad, Casement, and the Congo. *Ariel. A Review of International English Literature*, 34(2/3), 197-214.
- Bryant, W. (2007). *Roger Casement. A biography*. New York: iUniverse, Inc.
- Caro Baroja, J. (1991). *De los arquetipos y leyendas*. Barcelona: Istmo.
- Casement, R. (1997 [1910]). *The Amazon journal of Roger Casement*. Dublin: The Lilliput Press.
- Casement, R. et al. (1912). *Correspondence respecting the treatment of British colonial subjects and native indians employed in the collection of rubber in the Putumayo district. Presented to both Houses of Parliament of His Majesty*. London: His Majesty's Stationery Office.

- Collier, R. (1968). *The river that God forgot. The story of the Amazon rubber boom*. London: Collins.
- Congreso de Bolivia. (1915). *Proyectos e informes del Honorable Senado Nacional*. Tomo II. La Paz: Litografías e Imprentas Unidas.
- Conrad, J. (1988 [1902]). *Heart of Darkness*. An authoritative text, backgrounds and sources, criticism. Edición de Robert Kimbrough. New York: Norton Critical Editions.
- Conrad, J. (2002 [1902]). *El corazón de las tinieblas*. Traducción de Dámaso López García. Prólogo y notas de Araceli García Ríos. Madrid: Alianza.
- Dickey, H. S. & Hawthorne, D. (1929). *The misadventures of a tropical medico*. New York: Dodd, Mead & Co.
- Donadío, A. (1995). *La Guerra con el Perú*. Bogotá: Planeta.
- Eagleton, T. (2008 [2005]). *Terror santo*. Traducción de Ricardo García Pérez. Barcelona: Debate.
- Eksteins, M. (2000 [1989]). *Rites of spring. The Great War and the birth of the modern age*. Boston: Houghton Mifflin.
- Espinosa, M. (1995). *Convivencia y poder político entre los andoquees*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Foucault, M. (1990 [1977]). *La vida de los hombres infames*. Edición y traducción de Julia Varela y Fernando Álvarez Uría. Madrid: Ediciones de La Piqueta.
- Gombrich, E. (1979 [1959]). *Arte e ilusión. Estudio sobre la psicología de la representación pictórica*. Traducción de Gabriel Ferrater. Barcelona: Gustavo Gili.
- Gómez A., R. (1933 [1924]). *La guarida de los asesinos. Relato histórico de los crímenes del Putumayo*. Pasto: Imprenta "La Cosmopolita".
- Gómez, A., Lesmes, A. C. & Rocha, C. (1995). *Caucherías y conflicto colombo-peruano. Testimonios, 1904-1934*. Bogotá: Coama & Disloque Editores.
- Guzmán, M. J. (1971). Los andokes: Historia, conciencia étnica y explotación del caucho. *Universitas Humanística*, 1, 53-97.
- Hardenburg, W. E. (1912). *The Putumayo, the Devil's paradise. Travels in the Peruvian Amazon region and an account of the atrocities committed upon the Indians therein*. London: T. Fischer Unwin.
- Hurtado, A. M. (1966). *El paraíso del diablo*. Madrid: Cultura Clásica y Moderna.
- Inglis, B. (1973). *Roger Casement*. London: Hodder and Stoughton.

- Lagos, O. (2005). *Arana, rey del caucho. Terror y atrocidades en el Alto Amazonas*. Buenos Aires: Emecé.
- Larrabure i Correa, C. (1906). *Colección de leyes, decretos, resoluciones i otros documentos oficiales referentes al Departamento de Loreto*, tomo XVI. Lima: Imprenta de la Opinión Nacional.
- MacQueen, P. (1913). A criminal's life story. The career of Armando Normand. *The National Magazine. An American Illustrated Monthly*, 38, 942-946.
- Mc Cormack, W. J. (2002). *Roger Casement in Death, or Haunting the Free State*. Dublin: University College Dublin Press.
- Milton, J. (1942 [1667/1813]). *El paraíso perdido*. Traducido directamente del inglés y anotado por el Pr[es]b[íte]ro J[uan] Escoiquiz, tomo I. Buenos Aires: Sopena.
- Milton, J. (1986 [1667]). *El paraíso perdido*. Edición y traducción de Esteban Pujals. Barcelona: Cátedra.
- Mitchell, A. (2003). *Casement*. London: Haus Publishing.
- Nieto C., L. E. (1933). *Vuelo al Amazonas*. Bogotá: Editorial Minera S. A.
- Ó Síocháin, S. (1997). Evolution and degeneration in the thought of Roger Casement. *Irish Journal of Anthropology*, 2, 29-41.
- Ó Síocháin, S. (2007). *Roger Casement. Imperialist, rebel, revolutionary*. Dublin: The Lilliput Press.
- Ó Síocháin, S. & O'Sullivan, M. (Eds.). (2003). *The eyes of another race. Roger Casement's Congo Report and 1903 Diary*. Dublin: University College Dublin Press.
- Obeyesekere, G. (1997). *The apotheosis of Captain Cook. European mythmaking in the Pacific*. Princeton: Princeton University Press.
- Olarte C., V. (Comp.). (1932 [1911]). *Las crueldades de los peruanos en el Putumayo y en el Caquetá*. Bogotá: Imprenta Nacional.
- Páramo, C. G. (en prensa). *Lope de Aguirre, o la vorágine de Occidente. Mito, selva y racionalidad*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
- Paternoster, G. S. (1913). *The Lords of the Devil's Paradise*. London: Stanley Paul & Co.
- Pérez S., V. (1988). *Raíces históricas de La vorágine*. Bogotá: Ediciones “Príncipe Alpichaque”.
- Philip, G. D. E. (Ed.). (1991). From the mid-nineteenth century to the First World War. In *British documents on foreign affairs — reports and papers from the Foreign Office Confidential Print. Series D, Latin America, 1845-1914*, 5, 1871-1912.

- Pineda C., R. (2000). *Holocausto en el Amazonas. Una historia social de la Casa Arana*. Bogotá: Espasa - Planeta.
- Pineda C., R. (2003). La Casa Arana en el Putumayo. *Credencial Historia*. 160.
- Pineda C., R. (2004). Novelistas y etnógrafos en el infierno de la Casa Arana. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 826, 485-522.
- Reid, B. L. (1976). *The lives of Roger Casement*. Yale: Yale University Press.
- Rey de Castro, C. & Larrabure y Correa, C. (2005 [1913]). *La defensa de los caucheros*. Iquitos: CETA & IWGIA.
- Rivera, J. E. (1998 [1924]). *La vorágine*. Edición de Montserrat Ordóñez. Madrid: Cátedra.
- Rocha, J. (1932). *Memorandum de viaje*. Bogotá: Editorial Cromos.
- Rodríguez, A. (1937). *Caminos de guerra y conspiración*. S.C.: Editorial Centro.
- Sebald, W. G. (1998 [1995]). *The rings of Saturn: an English pilgrimage*. Traducción de Michael Hulse. New York: New Directions.
- Sherry, N. (2005 [1971]). *Conrad's Western World*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Stanfield, M. E. (1998). *Red rubber, bleeding trees. Violence, slavery, and empire in Northwest Amazonia, 1850-1933*. Albuquerque: University of New Mexico Press.
- Steward, F. M. (1973). *The Mannings*. New York: Pocket Books.
- Taussig, M. (2002 [1987]). *Chamanismo, colonialismo y el hombre salvaje. Un estudio sobre el terror y la curación*. Traducción de Hernando Valencia Goelkel. Bogotá: Norma.
- Uribe P., C. (1933). *Toá. Narraciones de cauchería*. Manizales: Arturo Zapata.
- Valcárcel, C. A. (1915). *El proceso del Putumayo y sus secretos inauditos*. Lima: Imprenta "Comercial" de Horacio La Rosa y Co.
- Vavasour N., J. (Ed.). (1913). *Peru To-Day*, vol. 5. Lima: West Coast Publishing Co.